

LE GAULOIS

MÉTODO COMPLETO PARA LA ENSEÑANZA

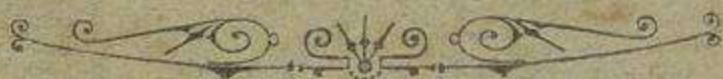
DE LA

LENGUA FRANCESA

DE

J. Galicia Ayala

Catedrático Numerario de dicha asignatura



CLEF DE LA CHRESTOMATHIE

DEL

SEGUNDO CURSO

MAHÓN

Establecimiento tipográfico de B. Fábregues

Impresor de la Real Casa

1898

SM
C^a8
184



1057212

SM C°8 184

Reg. por Secautor. Año 1898.

84-8

GAL

SM
C28
184

LE GAULOIS

MÉTODO COMPLETO PARA LA ENSEÑANZA

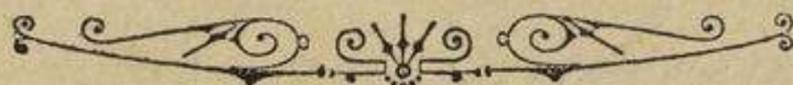
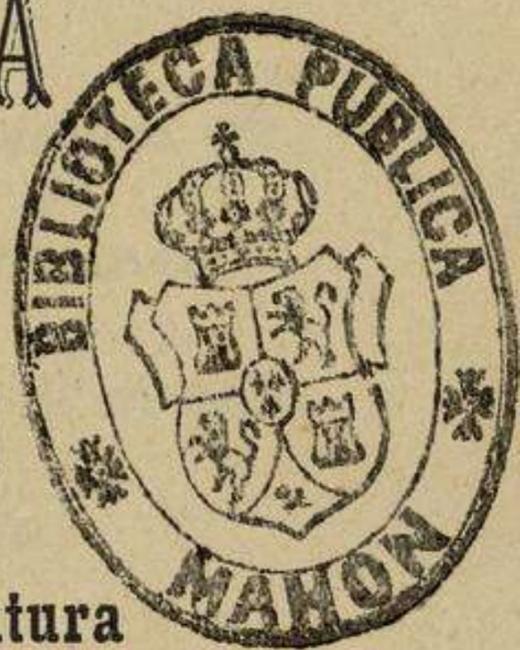
DE LA

LENGUA FRANCESA

DE

J. Galicia Ayala

Catedrático Numerario de dicha asignatura



CLEF DE LA CHRESTOMATHIE

DEL

SEGUNDO CURSO

MAHÓN

Establecimiento tipográfico de B. Fábregues

Impresor de la Real Casa

1893

A-1007A

LE GALLAIS

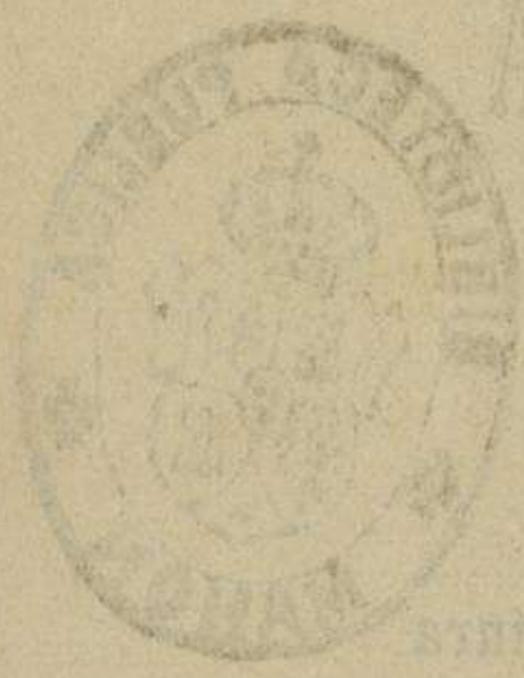
METODO COMPLETO PARA LA FRANCESA

M. A. G. V. H. B.

LENGUA FRANCESA

J. Gallais

Estadístico Numerario de Nueva España



~~Se vende en...~~

CLÉF DE LA CHESTOMATHIE

ou

SECONDO CORSO

PAR M. A. G. V. H. B.

Estadístico Numerario de Nueva España

Impreso en la Real Casa

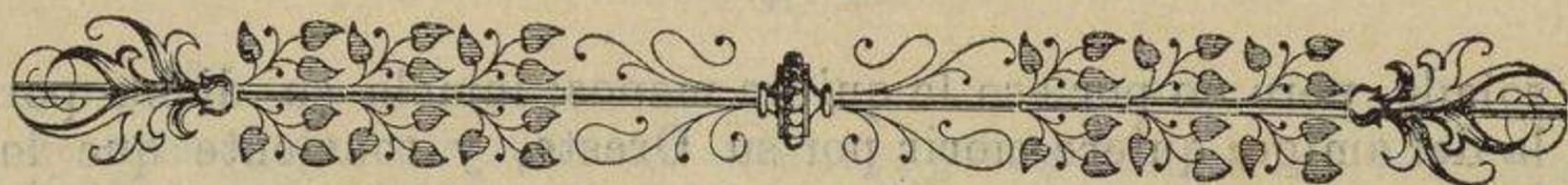
1808

A mi fraternal amigo
D. José Padilla y Villa

*La gratitud y el cariño de mi corazón de-
sean perpetuar nuestra sentida amistad.
A falta de cosa de mayor mérito, le dedica
este humilde é insignificante librito*

*Su buen Amigo,
Juan Galicia Ayala*

Mahón 1.º de Mayo de 1898.



SEGUNDO CURSO

PRIMERA LECCIÓN

La Amistad (página 1).

Pasión sublime, sentimiento de las grandes almas, dicha del mundo, ante la que todos los males desaparecen ó se debilitan y todos los bienes se embellecen y acrecientan. ¡Oh divina amistad! Solo tu nombre me recuerda todos los encantos de mi vida. Pasión heroica *cuyo fuego*, siempre puro, está encendido por el sentimiento y animado por la inteligencia: virtud consoladora, *don que el soberano Ser* ha concedido al hombre para indemnizarle de las *funestas consecuencias* de una razón extraviada; sentimiento bienhechor sin el cual ningún bien puede existir para nosotros; porque, *¿qué bien puede existir del que no pueda hablarse á su amigo?* Virtud celeste cuyo nombre ha sido tan á menudo alterado *al que los mortales adoran aún cuando lo ignoren*; pasión generosa y sublime que ennoblece todo nuestro ser, haciéndonos vivir tan solo por el amigo que nuestro corazón ha elegido.

El que tiene el corazón encendido con las dulces llamas de la santa amistad, jamás disfruta de un sentimiento tan vivo como cuando el amigo querido tiene necesidad de sus socorros; le sigue en medio del infortunio mas cruel; *se liga á él* para no separarse nunca; la frialdad del elegido no puede apagar *el fuego celeste que le abrasa*: le quiere, aunque sea ingrato é infiel á las santas leyes de la amistad; le compadece y le perdona todos los males *que le causa*; por ellos llegará á estar de-

solado, pero no por eso le quiere menos; inmola su dicha por la del amigo: quiere morir por su Oreste, y consiente que lo ignore.

LECCIÓN 2.^a

La Amistad (*Continuación, página 6*)

Su alma se confunde con la de su amigo; *tiene* los mismos deseos, los mismos movimientos, las mismas afecciones; y, cuando la muerte, que viene á desunirlo todo, le quita el objeto de sus tiernos é inmortales sentimientos; le acompaña con valor hasta *la tumba*; y, cuando *cierran su puerta fatal*, desolado y sin esperanza, no retiene ya sus lágrimas; solo, en medio del silencio de los bosques más espesos y solitarios, va á llorar *al amigo perdido*, á alimentarse con sus lamentos y con la imagen del amigo; á consumir con el dolor un corazón, cuyos sentimientos no pueden ya *expansionarse*, una vida que no era para él y que le ha *llegado á ser* inutil. Algunas veces, cuando las sombras reinan en la tierra, cree distinguir á su amigo en medio de una *ténue* luz: le habla ¡ay! como si pudiese oírle: *atenúa* su dolor con esa *suave* y cruel ilusión, corre á abrazar aquella sombra tan querida y no encuentra mas que tinieblas insensibles *y los lamentos mas acerbos* en su corazón: clama á la noche y al día pidiéndoles su amigo; y, no pudiendo soportar *el peso* de sus amarguras, de sus penas y de su pérdida, sucumbe, al fin, á su dolor, y muere pronunciando el nombre de su amigo.

¡Oh celeste amistad! Porqué tus llamas puras, no *abrasan* todas las almas? Porqué tan pocos mortales te tienen en el corazón, *si* todos te tienen en los labios! Y porqué tu nombre, *que solo debe* ser pronunciado por la virtud, ha servido tan frecuentemente para *cometer infames* traiciones y *complots* siniestros!

LECCIÓN 3.^a

El Evangelio (*página 10*)

La majestad de las Escrituras me admira; la santidad del **Evangelio** habla á mi corazón. Ved los libros de los filósofos

con toda su pompa; ¡cuán pequeños son al lado de aquél! ¡Puede creerse que un libro tan sublime, y tan sabio á la vez, sea la obra de los hombres? *Se puede creer que Aquel de quien hace la historia, no sea mas que un hombre? Aquel tono es de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura! ¡Qué pureza en sus costumbres! ¡Qué gracia conmovedora en su instrucción! ¡Qué elevación en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué presencia de espíritu! ¡Qué fineza y qué precisión en sus respuestas! ¡Qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre? ¿dónde el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin ostentación? Cuando Platon describe su justo imaginario cubierto con todo el oprobio del crimen y digno de todas las recompensas de la virtud, describe rasgo por rasgo á Jesucristo; la semejanza es tan palpable que todos los Padres la han sentido, y no es posible equivocarse. ¡Qué prejuicios, qué ceguedad es preciso tener para comparar al hijo de Sophronisque con el de María! ¡Qué distancia del uno al otro!.....*

La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más dulce que se podría desear; la de Jesús, expirando en los tormentos, injuriado, *befado, maldecido* por todo un pueblo, es la más horrible que se podría temer. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que llorando se la presenta; Jesús, en medio de *afrentoso* (horrible) suplicio, ruega por sus encarnizados verdugos. *No hay duda*, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios.

LECCIÓN 4.^a

El Caballo (página 17)

Entre todos los animales, el caballo es el que tiene más proporción y elegancia en las partes de su cuerpo; *si le comparamos con los animales que más se le aproximan*, se verá que el asno es mal formado, que el león tiene la cabeza demasiado gruesa, que el buey tiene los *remos* demasiado delgados y cortos, en proporción del *volumen* de su cuerpo; *el camello* es diforme; y los más *corpulentos* animales, el rinoceronte y el elefante, no son, por decirlo así, mas que masas informes. La *gran dilatación* de las mandíbulas es la principal causa de la

diferencia entre la cabeza de los cuadrúpedos y la del hombre; es también el carácter lo mas innoble de todos; sin embargo, aunque las mandíbulas del caballo son muy prolongadas, no tiene, como el *burro*, un *sello* de imbecilidad, ó de estupidez como el buey. La regularidad de las proporciones de su cabeza le da, por el contrario, un *porte* de ligereza, bien sostenido por la belleza de su *erguido cuello*. El caballo, al elevar la cabeza, parece que quiere *superar su estado* de cuadrúpedo: en esa noble actitud mira al hombre *cara á cara*. Sus ojos son vivos y bien abiertos, sus orejas bien *formadas* y de un *tamaño proporcionado*; sin ser cortas, como las del toro, ni demasiado largas, como las del asno: su crin *acompaña bien* á su cabeza, adorna su cuello y le da cierto *aire* de fuerza y de *arrogancia*; su cola *larga* y espesa cubre y termina *graciosamente* la extremidad de su cuerpo; pero la actitud de la cabeza y del cuello contribuye más que la de todas las demás partes del cuerpo á dar al caballo una noble *apostura*.

*
* * *

El caballo comparte con el ^{*}hombre las fatigas de la guerra y la gloria de los combates; tan intrépido como su amo vé el peligro y le *afrenta*; se *hace* al ruido de las armas, le gusta, le busca y se anima con el mismo ardor. Comparte también los placeres del hombre: en la caza, en los torneos; en las corridas brilla y centellea: pero tan dócil como intrépido, no se *deja llevar* por su fogosidad y sabe reprimir sus movimientos: no solamente se doblega á la mano que le guía, sino que parece consultar sus deseos; y, obedeciendo siempre á las impresiones que le *imprime*, se precipita, se modera ó se detiene, y no obra mas que para satisfacer. Es un *animal* que renuncia á su ser, para no existir mas que para la voluntad *de su amo*, sabe hasta prevenirla; y, por la prontitud y la precisión de sus movimientos, la expresa y la ejecuta; siente tanto *cuanto uno* desea, y no *hace mas* que lo que se quiere; se entrega sin reservas, no se rehusa á nada, sirve con todas sus fuerzas, se excede, y hasta muere por obedecer mejor.

LECCIÓN 5.^a

El duelo (página 23)

Guardaos de confundir el nombre sagrado del honor con *esa preocupación* feroz, que pone todas las virtudes en la pun-

ta de una espada, *propia* solamente para hacer buenos *facinerosos*. En qué consiste esa feroz preocupación? En la opinión mas extravagante y mas bárbara que jamás *acojó* el espíritu humano: saber que todos los deberes de la sociedad *se suplen con* la bravura; que un hombre no es trapacero, bribón, calumniador; que es civil, humano, cortés cuando sabe batirse; que la mentira *se trueca* en verdad, el robo *en legitimidad*, la perfidia en honradez, y la infidelidad *en alabanza*, con tal que todo esto se sostenga con el *acero* en la mano; que una afrenta *queda* siempre bien reparada *con una estocada*, y que siempre *se tiene razón* con un hombre, con tal que se le mate.

Hay, lo confieso, otro *modo de ventilar estos asuntos*, en el que la gentileza se mezcla *con* la crueldad, *que es*, cuando se baten á primera sangre. ¡A primera sangre, ¡Dios mío! Y que quieres hacer con esa sangre, bestia feróz! ¿La quieres beber?

Los hombres más valientes de la antigüedad ¿pensaron jamás en vengar sus injurias personales con combates particulares? César *retó* á Catón, ni Pompeyo á César por tantas afrentas recíprocas? Y el mas gran capitán de Grecia ¿fué deshonrado por haberse dejado amenazar *con* un bastón?

En otros tiempos otras costumbres, lo sé; pero, *quien se atrevería á inquerir* si las costumbres de un tiempo son las que exige el sólido honor?..... No! Ese honor no es variable, no depende de los tiempos, ni de los lugares, ni de las preocupaciones; no puede pasar, ni renacer; tiene su origen eterno en el corazón del hombre justo y en la regla inalterable de sus deberes.

Si los pueblos mas *ilustrados*, los mas bravos y virtuosos de la tierra, no han conocido el duelo, yo digo que no es una institución del honor; sino una moda horrible y bárbara, digna de su feroz orijen. *Falta* saber si cuando se trata de *la vida propia* ó de *la ajena*, el hombre honrado se arregla *con* la moda, y si no hay entonces mas verdadero valor en *despreciarla* que en seguirla.

LECCIÓN 6.^a

El duelo (Continuación, pagina 30)

El hombre recto, cuya vida no tiene tacha, que no da jamás señal de *vileza*, rehusará manchar su mano *con un* homicidio, *por lo que será aún más honrado*.

Siempre presto *para* servir á la patria, *para* proteger al débil, *para cumplir* los deberes mas peligrosos y *para* defender, en todo encuentro justo y honrado, lo que le es querido, al precio de su sangre, pone en sus *dilijencias* esa inquebrantable firmeza que no se tiene sin el verdadero valor. *Guiado* por su conciencia, *va* siempre con la cabeza levantada, y ni *rehuye* ni busca á su enemigo. Se vé facilmente que teme menos morir que hacer mal, y que le *espanta* el crimen, pero no el peligro. Si prejuicios viles *se alzan* un instante contra él, todos los días de su honrada vida, son otros tantos testigos que los recusan; y, en una conducta tan bien *sentada*, se juzga de una acción *por* todas las demás.

Los hombres tan sombríos, y tan prontos á provocar á sus semejantes, son, en su mayoría, indecorosos, quienes, temerosos de que alguien se atreva á mostrarles claramente el desprecio que se les tiene, se esfuerzan *para* ocultar con algún duelo la infamia de su vida entera.

Hay quien hace un esfuerzo y se presenta una vez, para tener derecho á ocultarse el resto de su vida.

El verdadero valor tiene más constancia y menos diligencia; es siempre lo que debe ser, y no es necesario excitarle, ni retenerle: el hombre de bien le lleva consigo por todas partes; en el combate, contra el enemigo; en un círculo, en favor de los ausentes y de la verdad; en su lecho, contra los ataques del dolor y de la muerte. La fuerza de alma que le inspira, está en uso en todos los tiempos, y pone siempre la virtud *por encima* de los sucesos; *pues sabe que el valor*, no consiste en batirse, sino en no temer nada.

LECCIÓN 7.^a

El hombre en medio de la creación (página 38)

Cuando Dios colocó al hombre sobre la tierra, desnudo y desarmado, ese hijo de la creación que iba á ser el rey, no se distinguía del resto de los seres vivientes, por ningún indicio de su futura grandeza. *Acaso tenía mas debilidad y miseria*. No pudiendo perderse en el fondo de las aguas, ni *atravesar* rápidamente los aires; no podía tampoco escapar, por su pequeñez, como *microscópico insecto*, de los ataques de los *venados*; ni *apoderarse* de una presa como el zorro, ni combatir

como el león; huir como la gacela, *saltando* los pantanos, los barrancos escarpados; correr como la ardilla de rama en rama, de bosque en bosque, *desde* un punto de los continentes al otro. Sin defensa contra los *ardores del Mediodía* ni contra los fríos del *Norte*; expuesto á todos los peligros, á todos los sufrimientos: la raza humana parecía *haber sido puesta* en la tierra, por capricho cruel de la suerte, para desaparecer *muy luego*, devorada por las *calamidades* de que se veía acometida. Si los demás seres de la creación hubieren tenido un *lenguaje*, habrían dicho:

¿Quién es ese ser mezquino, cuya piel sin *vello* será abrasada por los primeros rayos *del sol*, empapada por el primer rocío de la noche y lacerada con las menores escarchas? Su boca *solo le sirve, todo lo mas*, para *masticar* los miembros de los enemigos derribados yá; su mano no tiene armas para *cojerlos* vivos y desgarrarlos; su pié desnudo, *como todo lo demas*, no es á propósito para defenderle, ni casi para sostenerle: Un *pedernal*, una espina serán suficientes para ensangrentarle. *Con sus ojos, verá acaso* los espacios lejanos; *pero, esforzándose, á penas podrá seguir el espacio que abarcan sus pasos*; y, por otra parte, no son mas que una *antorcha* incompleta, que se *ilumina* con la luz del sol y se apaga con él; *de modo que se queda sin luz*, cuando le es mas necesaria, *de noche*. Su larga cabellera no es ni *ropage* ni defensa; ese ornamento funesto ¿no parece *mas bien* un *estorbo* ó un lazo que lleva consigo, en el que se *enganchará* continuamente, si intenta huir bajo el abrigo de los bosques?....

Perseguido por el hambre, por la lluvia ó por uno de nosotros, cual será su *alimento*? Donde buscará un refugio? Intentara cojer fruta, ó buscar su asilo *en* las ramas de un árbol protector; pero ¿cómo sus delicados miembros podrán abrazar el áspero y vasto tronco? Su cuerpo se *aniquilará* con el sudor y la sangre *que le costara* este trabajo, para nosotros tan facil. Sus piés no se agarrarán, *durante el sueño*, como los *de las aves*, á la rama *azotada* por la tempestad. No se atreverá á *entregarse* al reposo; el águila le descubriría entre el follaje, y, con su despiadada garra irá á desgarrarle; el oso subirá hasta la cumbre para cojerle y estrujarle; el elefante le *alcanzará* con su trompa en su impotente retiro; la serpiente, cuyo nido habrá turbado, *se enroscará á su cuerpo* y le *quebrantará*, *ayudada por su compañera*, contra el tronco hospitalario.

LECCIÓN 8.^a

El hombre en medio de la creación (*Continuación, pag. 43*)

Querría huir bajo las aguas? No puede vivir en ellas. Querría atravesarlas para buscar un asilo en otras orillas? La golondrina *atraviesa* el Océano, el *alcyón* (1) habita en un pliegue de la onda, mil insectos corren á través de la ola; pero el hombre perecería á algunas brazas de la orilla; y, *esto*, si los mónstruos de los mares le dejasen invadir su dominio.

El imperio de las aguas y el de los aires son igualmente inaccesibles para él; y, *en* la superficie de la tierra, impotente para la defensa como para el ataque, inhabil para *alimentarse* como para vengarse, debil juguete, el mas débil entre nosotros, no habrá visto *la luz del día* mas que para sufrir, temblar y morir.

Mas Dios había dicho al hombre, al crearle á su semejanza y bendiciéndole: Crece y *multiplícate!* Llena la tierra, subyúgala! Reina sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los seres vivientes que se mueven *en* la tierra!

Dios había dicho: Poco tiempo pasará, y, los *animales* robustos, armados, terribles, huirán por todas partes. El *ser* débil y desnudo había sabido perseguir, alcanzar y domar á los mónstruos del aire y del Océano. El ave abatida, el pez devorado le suministraban la pluma y la *espina* con que ponía al alcance de su brazo los huéspedes más rápidos de los bosques. El perro, amigo *abnegado*, centinela obediente, *hacía* guardia á su lado y daba la vida por *la de su amo*. La yegua le *alimentaba* con su leche y con su carne. El toro, el asno, el elefante, el dromedario, domados, formaban alrededor del hombre, *por decirlo así*, una familia de esclavos que empleaban, á porfía, su paciente fuerza en servirle.

Toda la naturaleza viviente parecía, como *un conjunto* de artesanos dóciles, *no tener otra tarea* que hacer desaparecer los obstáculos delante del hombre, aproximar las distancias, buscarle, en la superficie de la tierra y en su seno, riquezas y goces siempre nuevos.

(1) *Alcyón* ó *martín-pescador*, ave de mar y aguazales.

LECCIÓN 9.^a

El hombre en medio de la creación (*Continuación, pág. 50*)

El camello, el rengifero, el caballo, esta noble conquista, transportaban, al grado de sus *deseos*, los más pesados fardos, los materiales más útiles, y, en caso de necesidad, á él mismo desde una extremidad de los continentes á la otra. El *peder-nal* le había dado ya la *chispa*, y *tenía con que defenderse* del rigor de los inviernos, é iluminaba la oscuridad de las noches; *trocaba en* llanuras fecundas, los inmensos bosques de los tiempos primitivos; *ablandaba* el hierro y el oro, cambiaba los metales, arrancados por él del seno de la tierra *toscos* é inútiles, en hachas, cuchillas, arados, y, más tarde, en monedas preciosas. El pino descendía, *por su mandato*, del alto de las montañas al seno de los mares; tomaba, bajo sus auspicios, posesión del Océano, y, formando, sobre la superficie de las olas, *una especie* de puentes móviles, de *mostradores* alados, aproximaba todo lo que Dios parecía haber separado: las *tierras*, las razas, las plantas, los mas diversos tesoros.

Un remo y un timón fueron suficientes para *poner en comun* todos los *productos*, todas las riquezas y todas las comarcas del universo. Fueron suficientes, según todas las apariencias, menos de treinta siglos para cumplirse estos magníficos cambios. Al cabo de este tiempo, se habían formado naciones. Europa, Asia y Africa tenían, en sus comunes fronteras, vastos y florecientes imperios.

La raza humana, en otros tiempos tosca y errante, *eregia* las pirámides para depositar sus despojos, *escribía* la Iliada y creía en Dios.

LECCIÓN 10.^a

El Cristiano (*página 57*)

La religión eleva al hombre á una perfección que le coloca *tan por encima* de los ángeles, como los triunfos de la virtud están sobre *una inocencia* apacible y sin combates.

Sostenido por la gracia divina, no hay viciosa inclinación

que no pueda superar. Que cesen de hablarme de la naturaleza corrompida; yo no veo yá, ni quiero ver, mas que á la naturaleza reparada y resplandeciente de gloria. La Fé me abre *las puertas del Cielo*, ilumina mi ignorancia, fija mis incertidumbres, disipa las nubes sombrías que rodeaban mi razón y la llenan de un torrente de luz. *En pos* va la Esperanza, encanto eterno de la vida, y amable compañera del amor. Creer, esperar, amar; he ahí toda la religión. Ningún sacrificio es costoso, cuando uno está seguro de la *recompensa*. Todos los deberes son *suaves* al que ama. Amad! y haced lo que queráis, decía un Padre de la Iglesia: Es que, cuando se ama, no se tiene mas voluntad que la del objeto amado. Oh, ley de amor! ley sublime, ley adorable! Qué es lo que no obtienes de los verdaderos cristianos? Al ejemplo de su *Maestro*, viven en el *mundo* haciendo el bien. Una caridad inmensa, como Dios mismo, que es quien se la inspira, anima todas sus acciones, llena todo su pensamiento y fecundiza todos sus sentimientos. *Viven para ellos mismos, ó existen mas bien para sus semejantes?*

Vedlos volar *para socorrer* todas las miserias humanas, vedlos verter, como á la samaritana, el aceite y el bálsamo *en* las llagas de sus hermanos: nada les cansa, nada les desanima; cuanto mas infortunado sois, *mas os quieren*. Sus tesoros son el patrimonio de la indigencia; su tiempo, sus cuidados, su compasión, sus lágrimas pertenecen á todos los que sufren.

Sois pobre, enfermo, *achacoso*? *Acudid á ellos* y os consolarán. Vuestro corazón sangra de una de esas secretas heridas que uno se esfuerza en ocultar á la dura piedad de una filantropía egoísta? *Aproximaos á ellos* y os prodigarán consuelos inefables que dulcificarán vuestros males y os los harán olvidar. Para ellos no hay enemigos, ni extranjeros; no hay mas que *la humanidad*.

SECCIÓN 11.^a

El Cristiano (*Continuación, página 63*)

Habéis cometido algún delito? Aproximaos á ellos, no temáis nada; su boca no conoce el reproche insultante; os compadecerán y llorarán con vosotros; se declararán débiles como vosotros y os mostrarán, con la sonrisa en los labios, al comun

Libertador. Buenos padres, buenos hijos, buenos esposos, amigos seguros, *súbditos* fieles. ¡Cuán grande no es su virtud! Y, sin embargo, lejos de estar *prendados* de su propia excelencia, ¡jimen incesantemente *creyéndose indignos*; se creen unos servidores inútiles y solo esperan recompensa de la gratuita misericordia del Sér infinitamente bueno, *por habérsela* prometido.

Desligados de los bienes terrestres, no aspiran mas que á la celeste Patria donde el Salvador les ha precedido. Honores, placeres, riquezas, nada de lo que es *de este mundo* los conmueve; ni aman, ni desean mas que *las tribulaciones y las cruces*. Las lágrimas son su alegría, las humillaciones su gloria; los sufrimientos su lecho de reposo. Abofeteadles en la mejilla derecha, y, en seguida, os presentarán la izquierda; quitadles el vestido y encima os darán la capa. Perseguidles, aprisionadles, arrancadles la vida en espantosas torturas, y rogarán por vos al *Dios de perdón*, y sus dulces palabras serán palabras de bendición. *No prosigo*: Estos que he descrito, son hombres? No! son discípulos de Jesucristo. El que no aperciba en la religión mas que una invención humana, que se levante ahora y diga:

Yo hubiera creado esa doctrina, hubiera cambiado la naturaleza del hombre, hubiera inventado la *Fé*, la *Esperanza* y el *Amor*.

LECCIÓN 12.^a

El Cisne (*página 70*)

En toda sociedad, sea de animales ó de hombres, la violencia hace los tiranos, la *suave* autoridad hace los reyes. El león y el tigre en la tierra, el águila y el buitre en los aires, no reinan mas que por la guerra, no dominan mas que por el abuso de la fuerza y por la crueldad: el cisne, *por el contrario*, reina sobre las aguas con todos los títulos que fundan un imperio de paz; la grandeza, la majestad, la dulzura con potestad, fuerzas, valor, y la voluntad de no abusar y de no emplearlas mas que para defenderse. El cisne sabe combatir y vencer, sin atacar nunca: Rey apacible de las aves acuáticas, *afrenta* á los tiranos del aire; espera al águila, sin provocar.

la, sin temerla; rechaza sus asaltos oponiendo á sus *garras* la resistencia de sus plumas; y los golpes precipitados de su vigorosa ala, *sirviéndole de escudo*, á menudo *corona la victoria de sus esfuerzos*.

Por lo demás, el *cisne* no tiene mas enemigo que el águila; todas las demás aves de rapiña le respetan; está en paz con toda la naturaleza; vive *como amigo mas bien que como rey* en medio de las numerosas *familias* de aves acuáticas; estas parece que se arreglan todas á su ley. El *cisne* no es mas que el jefe, el primer habitante de una república tranquila, *cuyos* ciudadanos no tienen nada que temer de un *jefe* que solo *pide* lo que les concede, y no quiere mas que calma y libertad.

Las gracias de la figura, la belleza de la forma responden en el cisne á la dulzura del natural; agrada á *cuantos le ven*; decora y embellece todos los *lugares* que frecuenta; *se le quiere*, se le aplaude, se le admira; ninguna especie lo merece mejor. La naturaleza, en efecto, no ha *prodigado á ninguna otra ave* tantas de esas gracias nobles y *agradables* que nos recuerden la idea de sus mas encantadoras obras: corte de cuerpo elegante, formas *redondeadas*, graciosos contornos, blancura *deslumbradura* y pura, movimientos flexibles y *sentidos*, actitudes *tan pronto* animadas como *dominadas* por un muelle abandono; todo en el cisne respira la voluptuosidad, y, el encanto que nos hacen *disfrutar* sus gracias y su belleza, todo nos lo anuncia, todo le *representa* como el ave del amor: todo justifica á la espiritual y risueña mitología, el habersele dado por padre á la mas bella de las mortales.

LECCIÓN 13.^a

El Cisne (*Continuación, página 76*)

A su noble *desenvoltura*, á la facilidad y la libertad de sus movimientos sobre el agua, *debemos considerarle*, no solo como el primero de los navegantes alados, sino como el más hermoso modelo que la naturaleza nos ha ofrecido para el arte de la navegación. Su cuello elevado y su pecho *realzado* y redondeado parecen, en efecto, figurar la proa del navío hendiendo la honda; su ancho estómago *representa* la carena; su cuerpo, inclinado hacia adelante para cinglar, *se eleva* en la parte pos-

terior y forma la popa: su cola es un verdadero timón, sus patas son anchos remos, y sus grandes alas, medio abiertas al viento y suavemente *hinchadas*, son las velas que empujan al *ba-jel* viviente, navío y piloto á la vez. Orgulloso de su nobleza, celoso de su belleza, el cisne parece hacer ostentación de todas sus ventajas; *parece* que va *recojiendo votos y cautivando miradas*, y, en efecto, las cautiva; bien cuando vogando en *bandada*, se le ve de lejos, en medio de las *aguas caudalosas*, *dirijir* la flota *volatil*; *bien cuando, separándose de ella*, y aproximándose á la orilla, á las señales que le llaman, viene á hacerse admirar *desde mas cerca*, despliega sus bellezas y desenvuelve sus gracias con mil movimientos *agradables*, ondulosos y suaves.

A las ventajas de la naturaleza, el cisne reúne las de libertad; pues no es de ese número de esclavos que podemos constreñir ó encerrar; libre sobre las aguas no se estaciona, no se establece en ellas, sino goza de bastante independenciam para excluir todo sentimiento de servidumbre y de cautividad; *le gusta* recorrer á *su gusto* las aguas, *salir á la orilla*, alejarse á *sus anchuras*, ó venir costeano la *ribera*, abrigarse bajo los bordes, ocultarse en los juncos, *penetrar* en las ensenadas mas *apartadas*; después, *dejando* la soledad, volver á la *sociedad* para gozar del placer que *parece sentir* y disfrutar, aproximándose al hombre, con tal que encuentre en nosotros, sus *huéspedes* y sus amigos, y no sus amos y sus tiranos.

Entre nuestros antepasados, demasiado simples ó demasiado *prudentes* para llenar sus jardines con las *frías* bellezas del arte, (en lugar de las bellezas vivas de la naturaleza) los cisnes *eran los encargados* del ornamento de todas las fuentes y estanques; ellos animaban y alegraban los tristes *fosos* de los castillos; decoraban la mayor parte de los ríos, *incluso* el de la capital; y, *hubo* uno de los mas sensibles y amables de nuestros príncipes, que, tenía *entre el número* de sus placeres el de poblar con estas hermosas aves las *fuentes* de sus casas reales.

LECCIÓN 14.^a

Las aves y los peces (página 82)

Hasta en los últimos detalles la economía de los peces contrasta *completamente* con la de las aves. El ser aéreo descu-

bre *transparentemente* un horizonte inmenso; su oído sutil aprecia todos los sonidos, todas las entonaciones, su voz las reproduce; si su pico es duro, si su cuerpo *ha sido* envuelto de plumas *es para* que le reserve de las altas regiones que visita; *y tiene* en sus patas todas las perfecciones del tacto mas delicado. Goza de todas las dulzuras del amor conyugal y paternal y cumple los deberes con valor: las *parejas* defendiéndose, defienden su primojenitura.

Un arte sorprendente preside en la construcción de su *nido*; cuando llega la *época*, juntos le *fabrican* y sin descanso: mientras que la *hembra empolla*, con tan admirable constancia, el *macho*, de amante apasionado, se convierte en tierno esposo, y con sus cánticos *dulcifica las horas* de su compañera.

Los *pájaros* hasta en la misma esclavitud se *afeccionan* á su amo; se *someten* á él y *ejecutan* por su *mandato* los actos mas *difíciles* y delicados: el pájaro caza, como el perro, para *su amo*; y, cuando le llama, *obedece* á su voz desde lo mas alto de los aires: imita su lenguaje y con pena nos decidimos á rehusarle una especie de razón.

El habitante de las aguas, *por el contrario*, *no obedece*, ni tiene lenguaje, ni afecciones; no sabe lo que es ser ni esposo ni padre, ni prepararse un abrigo: en el peligro se oculta bajo las rocas del mar, ó se precipita en la profundidad de las aguas; su vida es silenciosa y monótona: *la voracidad es su ocupación*, y solo por ella se le puede enseñar á dirigir sus movimientos, *con signos* exteriores. Y, sin embargo, estos seres á quienes *se ha concedido* tan pocos goces, han sido *adornados* por la naturaleza de todo jénero de bellezas: variedad en las formas, elegancia en las proporciones, diversidad y vivacidad en los colores; nada les falta para *llamar* la atención del hombre, y parece, *en efecto*, *que la naturaleza ha tenido el designio de excitar esta atención, prodigándoles el resplandor de todos los metales y de todas las piedras preciosas*; los colores del iris *que se quiebran*, se reflejan en bandas, en manchas, en líneas ondulosas, angulares y siempre regulares y simétricas; matices siempre admirablemente combinados ó contrastados. *Para quién* recibirían estos dones, *si á lo sumo* solo pueden entreverse en las profundidades donde á penas puede penetrar la luz; y, aunque vieses, que género de placeres podrían despertar en ellos *semejantes bellezas*?

LECCIÓN 15.^a

Batalla de Aboukir (página 90)

La posición que Bonaparte elige, está inspirada por el mismo genio que había conquistado toda la Italia *con su superioridad en la táctica* de varias armadas *de Europa*. Mustaphá debe triunfar ó ninguno de sus soldados, ni él mismo, podrán sustraerse al vencedor. Aboukir no era accesible para los Franceses *mas que por tierra*, puesto que no tenían marina que oponer á la flota anglo-turca anclada á una *media legua*. La armada otomana compuesta de dieciocho mil hombres, defendida con artillería numerosa, se cubrió de doble línea de trincheras; una, próxima al fuerte de Abaukir, tenía por apoyo un *montecillo* atrincherado sobre la *costa*, un *caserío* en el centro y lanchas cañoneras á la izquierda. La otra línea, menos distante del cuerpo de la plaza, se extendía también desde la una á la otra playa, pero mas apretada y fortificada en varios puntos; en el medio de ellos se elevaba un reducto erizado de cañones; era aún mas formidable que la primera.

Nuestra armada no se lanza al principio con la furia francesa, tan temida en Italia; pero, á penas se encuentra al alcance *de las obras*, una columna, á las órdenes del general Destaing, se precipita sobre el montecillo, á la derecha de la primera línea, mientras que Murat avanza rápidamente para cortar la retirada al enemigo; primera *prenda* de la victoria: este movimiento *salió bien* y costó la vida á dos mil turcos, muertos ó arrojados *al mar*, sin arrebatarnos un solo hombre. En seguida Desteing se *dirige* sobre el caserío, al que el general Lannes ataca de frente: el generalísimo Mustaphá destaca en vano un refuerzo considerable.

LECCIÓN 16.^a

Batalla de Aboukir (Continuación, pagina 96)

Murat hace retroceder al refuerzo; toma el pueblo y la primera línea del enemigo cae en nuestro poder. Bonaparte prepara la misma suerte á la segunda; *llama la atención* de los

Turcos hácia sus alas, para *envolverlos* en seguida con su centro y su reserva. Sin esperar este nuevo asalto, vienen á nuestro encuentro con intrepidez. Su derecha al principio es rechazada; pero Murat, comprometido entre el fuego de las lanchas cañoneras y el del reducto, intenta, aunque sin éxito, después de varios ataques, traspasar la terrible barrera que le detiene. A la izquierda, los turcos, desesperados por la resistencia de nuestros inmóviles batallones, nos *atacan* con impetuosidad; nuestra infantería los obliga, no sin grandes esfuerzos, á retirarse, y llega por grados delante del reducto. Allí, nuestra infantería, á su vez, se ve obligada á retroceder ante los fuegos cruzados del enemigo.

Hasta entonces la firmeza y la sangre fría de nuestras tropas no habían obtenido la *recompensa* que merecían; *de repente* los turcos, fieles á su bárbara costumbre, bajan imprudentemente para cortar la cabeza á los muertos y á los heridos franceses. Murat *se apercibe* de su falta, se precipita entre ellos y el reducto y consigue pasarle. Asaltados al mismo tiempo por la columna del general Fugières, los enemigos se *aterran*, al ver á Murat á *sus espaldas*, é intentan establecer sus comunicaciones con la flota que les protege.

Bonaparte, cuyo genio se cernía sobre el campo de batalla, *aprovecha* el instante de vencer, indicado anticipadamente en su pensamiento; *pone en juego*, en seguida, su reserva, á la que le había costado trabajo retener su ardor y su impaciencia. Reducto, trincheras, todo es tomado en un instante; los turcos, á los que el Coram prohíbe capitular con cristianos, son *pasados á cuchillo*; muchos se arrojan al mar para llegar á algún navío; las balas de nuestros soldados los alcanzan hasta en este último asilo.

Murat, tan temible en la persecución de un enemigo quebrantado, se lanza, con su caballería, entre el pueblo y el fuerte de Aboukir; combate, hiere á Mustaphá, que se atreve á afrontar á tal adversario, y le envía prisionero á Bonaparte. Treinta mil otomanos perecieron durante la acción; el resto, encerrado con el hijo del Pachá en el fuerte de Aboukir, fué obligado á rendirse, después de ocho días de heroica resistencia.

Una victoria tan completa costó poca sangre francesa, inmensa en sus resultados, y salvó á la armada de un revés que la hubiere perdido irremisiblemente.

En efecto, los turcos, los árabes de Mourad, los Mamelucos, y los Ejiptios sublevados, reunidos muy pronto á las numerosas fuerzas que el gran-visir tenía reunidas en Siria, hubieran venido á *esterminarnos*. Kléber *sentía* sin duda este peligro, cuando decía á Bonaparte, después de esta inmortal jornada: Venid que os abrace, mi querido general; sois grande como el mundo.

Así fué vengada la flota de Aboukir. La población del Cairo, al ver á Mustafá y á su hijo, ambos prisioneros, entre los trofeos de Bonaparte, acojió, con todos los *transportes* de un entusiasmo supersticioso, al profeta invencible, que no temía en anunciar anticipadamente su triunfo.

LECCIÓN 17.^a

El Ruiseñor (página 103)

No hay hombre bien organizado á quien este nombre no recuerde alguna de esas noches de primavera en las que, estando el cielo sereno, el aire en calma, toda la naturaleza en silencio, y, por decirlo así, atenta, que no haya escuchado con *arrobamiento* el *gorjeo* de este *chanfre* de los bosques. Se podrían citar algunas otras *aves canoras*, cuya voz disputa, en *cierto modo*, la *preferencia* á la del ruiseñor. Las calandrias, el canario, el pinzón, las *currucas*, el *pardillo*, el jilguero, el mirlo común, el mirlo solitario, el *zorzal* de América se hacen escuchar con placer, cuando el ruiseñor se calla: unos tienen el timbre tan puro y más dulce, otros tienen *gorjeos* tan lisonjeros; pero no hay *ni uno* á quien el ruiseñor no *aventaje* con la reunión completa de sus diversas *disposiciones* y con la prodijiosa variedad de su *cántico*; de modo que, el de cada uno de esos pájaros, tomado en toda su extensión, no es más que una *estancia* de el del ruiseñor.

El ruiseñor encanta siempre y no se repite nunca, al menos servilmente; si repite algún PASAJE, le *ameniza* con un nuevo acento, embellecido por distintos adornos: triunfa en todos los jéneros, *reproduce* todas las expresiones, se *apodera* de todos los caracteres, y, además, sabe aumentar su efecto por los contrastes.

Este corifeo de la primavera se prepara á cantar el himno

de la naturaleza; empieza con un prelude tímido, de tonos débiles, casi indecisos, así como si quisiera ensayar su instrumento é interesar á los que le escuchan; pero en seguida, con seguridad y satisfecho, se anima por grados, se *enardece* y bien pronto despliega, en su plenitud, todos los recursos de su *órgano* incomparable: *repiques de garganta* brillantes, baterías vivas y ligeras, *tiradas* de cántico en las que la limpieza iguala á la volubilidad; murmullo interior y sordo que no es apreciable al oído, pero es muy propio para aumentar el *brillo* de los tonos apreciables; trinos precipitados, brillantes y rápidos, articulados con fuerza y hasta con una dureza de buen gusto; acentos *lastimeros* cadenciados con *abandono*; sonidos *filados* sin arte, pero *ahuecados* con *vigor*, notas encantadoras y penetrantes, verdaderos suspiros de amor y de voluptuosidad, que parecen salir del corazón, y hacen palpar á los que le escuchan, causando, á todo lo que es sensible, una emoción *gratisima* y una languidez *tierna* y conmovedora.

LECCIÓN 18.^a

El Ruiseñor (Continuación, página 108)

En esos tonos apasionados del ruiseñor, es donde se reconoce el lenguaje del sentimiento que un *esposo* feliz dirige á su querida compañera; *lenguaje* que solo ella puede inspirarle; al mismo tiempo en otras frases, mas sorprendentes acaso, pero menos expresivas, se reconoce la sencilla *intención* de *divertirla* y de agradarla; ó bien de disputar ante ella el premio del *cántico* á rivales celosos de su gloria y de su dicha.

Estas diferentes frases están entremezcladas de silencios; de esos silencios que, en todo género de melodía, concurren tan poderosamente á los grandes efectos. Se goza de las hermosas notas que se acaban de escuchar y que resuenan aún en el oído: se disfruta mejor de ellas porque *este gozo* es mas íntimo, mas recojido *sin que le turben sensaciones nuevas*: muy pronto se espera, se desea que vuelva á cantar, en la esperanza de que este cántico sea el que agrada más; si uno se equivoca, la belleza del trozo que nuevamente oímos, no permite *echar de menos* al que solo ha sido diferido, y conservamos el interés de la esperanza por las *repeticiones* que se *sucedrán*. Por lo demas, una de las razones *del porqué* el cántico del

ruiseñor es mas notable y produce mas efecto, consiste en que, como canta por la noche, que es el *tiempo* mas favorable, y, como canta solo, su voz tiene todo su brillo y al mismo tiempo no la *interrumpe* ninguna otra voz: *el cántico* del rruiseñor *supera* al de todos los demás pájaros por sus sonidos *flexibles* y flautados y por la duración no interrumpida de su gorjeo, el que sostiene algunas veces durante veinte segundos.

Un observador ha contado en *este gorjeo hasta dieciseis variaciones* bien determinadas por sus primeras y últimas notas; de las que sabe variar con gusto las notas intermedias; en fin, se ha asegurado que la esfera que llena la voz de un rruiseñor no tiene menos de una milla de diámetro, sobre todo cuando el aire está en calma; lo que iguala, al menos, la extensión de la voz humana.

LECCIÓN 19.^a

El alumno de la Escuela Militar (página 115)

Bajo el reinado de Luis XV un niño de doce años, que acababa de entrar como *bolsista* en una escuela militar, llamó la atención por su frugalidad, rara en toda edad, y sobre todo en la suya: no comía mas que sopa y pan seco, y no bebía más que agua.

El subdirector, *sabiendo* esta coincidencia, le amonestó: No encuentra Vd. bueno lo que se le sirve? le dijo ¡Oh! señor! Todo lo que se nos sirve, me parece muy apetitoso, pero no puedo resolverme á comer de ello. El subdirector, no habiendo podido sacar *del alumno* ninguna otra respuesta, *se lo participó* al gobernador de la escuela. *Este mandó que se le presentase* el alumno, y después de haberle *demostrado*, con dulzura, *que era necesario* evitar toda singularidad y conformarse con los usos de la escuela, al ver que el niño no se explicaba sobre los motivos de su conducta; se vió obligado á amenazarle *diciéndole que le expulsaría* de la Escuela. Por Dios! señor! dijo entonces el niño: ¿Quiere Vd. saber la causa de mi conducta? Pues bien. Esta es: *Mis padres* y mis hermanos viven en la *mayor necesidad*; no comen mas que pan negro y no beben mas que agua; y cuando veo todas las cosas buenas que se nos sirven aquí; me acuerdo de la miseria de mis padres, mi corazón se oprime y no puedo comer,

Al acabar estas palabras, el niño, agobiado con este recuerdo, aflijido y vergonzoso por haberse visto precisado á revelar la miseria de sus padres, *fué dominado por los mas estrepitosos* sollozos. El gobernador, enternecido, estrechó al niño contra su corazón y *trató* de consolarle.

Amigo mio, le dijo: Su señor padre de Vd. es un antiguo oficial. No tiene pensión? No señor, hace dos años que la solicita y no ha tenido aún contestación á su *petición*. Querido niño, dijo el gobernador, *mañana mismo* veré al ministro, y os prometo que, antes de ocho días vuestro señor padre tendrá su pensión. Ahora, comed *con buena gana*, y, aceptad, para vuestros pequeños gastos, estos tres *luíses* que os regalo en nombre del rey.

En cuanto á su señor padre, tendré un gran placer en adelantarle el primer trimestre de su pensión. Pero, señor; dijo el niño *fuera de sí* por la alegría, ¿cómo podrá V. enviarle ese dinero? No os inquieteis por eso, ya encontraremos los medios. Ah, señor! puesto que V. tiene esa facilidad, remítale también los tres luíses que acaba Vd. de darme: aquí todo lo tengo en abundancia; este dinero me sería inutil y hará un gran bien á mi padre para *atender á mis hermanos*.

LECCIÓN 20.^a

Los insectos (página 121)

Echemos la vista sobre lo que la naturaleza ha creado mas debil; sobre esos átomos animados para los que una flor es un mundo y una gota de agua un Océano. Los cuadros mas brillantes van á *llenaros* de admiración. El oro, el záfiro, el rubí han sido prodigados á insectos invisibles. Unos *llevan* la frente adornada con penachos, tocan la trompeta y parecen armados para *guerrear*: otros llevan turbantes enriquecidos de *pedrerías* y *vestidos resplandecientes* de azul y púrpura.

Tienen *anteojos de larga vista*, como para descubrir á sus enemigos, y escudos para defenderse de ellos. *Hay otros* que exhalan el perfume de las flores y son creados para el placer.

Se ven otros con alas de gasa, *casco plateado* y chuzos negros, como si fuesen de *hierro empavonado*, rozar *ligeramente* las ondas, voltear en las praderas y lanzarse en los ai-

res. *Ejercen* todas las artes, todas las industrias; son un pequeño mundo que tiene sus tejedores, sus albañiles y sus arquitectos. En ellos se reconocen las leyes del equilibrio y las sabias formas de la *Geometría*. Hay, entre ellos, viajeros que van á la *descubierta*, pilotos que sin vela ni brújula vogan sobre una gota de agua, *como si fuesen á conquistar* un nuevo mundo. Quien es el *maestro* que los ilustra, el sabio que los instruye, el héroe que los guía y *domina*? Quién es el Licurgo que ha dictado leyes tan perfectas? Quién el Orfeo que los enseña las reglas de la armonía? Tienen conquistadores que los degüellan y á quien cubren de gloria? Se creen los dueños del universo porque se arrastran *en* su superficie?

Contemplemos esas pequeñas familias, esos reinos, esas repúblicas, esas hordas parecidas á las de los árabes: Un *mito* (1) va á ocupar ese pensamiento, que calcula la grandeza de los astros, á conmover esa corazón que nada puede *satisfacer*, á *asombrar* esa admiración acostumbrada á los prodijios.

Ved un insecto impuro que, envuelto en un tisú de seda, descansa en una *tienda*; otro se apodera de una burbuja de aire, se *sumerje* en el fondo de las aguas y se pasea en su palacio aéreo. Hay otro que con una concha se forma una gruta flotante y la corona con un tallo de verdura. Una araña tiende, bajo el follaje, redes de oro, de púrpura y de azul, cuyos reflejos semejan á los del arco iris. Pero qué *antorcha* brillante se *estrende* de repente en medio de esa multitud de átomos animados? *Unas* riquezas se sustituyen incesantemente por *otras*. He ahí insectos á quienes la aurora parece haber prodigado sus más suaves rayos. *Son* antorchas vivientes que *esparce* por las praderas; ved á esa mosca, que luce con una claridad semejante á la de la luna, lleva con sigo el faro que debe guiarla. *En el momento* que se lanza en los aires, un gusano se arrastra *por* bajo de ella: *parece* que va á desaparecer en la sombra, é *instantáneamente* se reviste de luz como un habitante del cielo; avanza como el hijo de los astros, todo se ilumina, y esos brillantes reflejos, esas llamas celestes, que *resplandecen* en su rededor, iluminan los *tiernos* combates, los éxtasis y los arrobamientos del amor.

(1) Insecto casi imperceptible; una de las especies se cría en el queso.

LECCIÓN 21.^a

El pavo real (página 128)

Si el imperio perteneciese á la belleza y no á la fuerza, el pavo real sería *ciertamente* el rey de las aves; no hay ninguna á quien la naturaleza haya prodigado sus tesoros con mas profusión: *la talla* grande, el porte imponente, el *andar* arrogante, la figura noble, las proporciones del cuerpo elegantes y esbeltas; todo lo que anuncia un ser de distinción, concurre en él: su cresta móvil y ligera, *matizada* con los mas ricos colores, adorna su cabeza y la eleva sin cargarla; su incomparable plumaje parece reunir todo cuanto lisonjea á nuestra VISTA de los coloridos *delicados* y frescos de las mas hermosas flores, todos los deslumbradores y *chispeantes* reflejos de las *pedras preciosas*, todo lo mas admirable del majestuoso brillo del arco iris. No solamente la naturaleza ha reunido en el plumaje del pavo real todos los colores del cielo y de la tierra, para hacer la obra maestra de su magnificencia si no que, además, *los ha* mezclado, surtido, matizado y fundido, con su inimitable pincel, para hacer con ellos un cuadro único; *del que* sacan, de su mezcla y de sus oposiciones entre sí, un nuevo lustre y efectos de luz tan sublimes que, nuestro arte no puede ni imitarlos ni describirlos.

Tal parece á nuestra *vista* el plumaje del pavo real, cuando se pasea apacible y solo en un hermoso día de primavera: pero si de repente aparece *su hembra*, si las *fogosidades* del amor, uniéndose á las secretas influencias de la estación, le sacan de su reposo, le *inspiran* un nuevo *ardor* y nuevos deseos, entonces, todas sus bellezas se multiplican; sus ojos se animan y toman expresión; su cresta se ajita y anuncia la emoción interior; las largas plumas de su cola desplegada, al levantarlas, multiplican sus riquezas deslumbradoras; su cabeza y su cuello, inclinados noblemente hácia atrás, se dibujan con gracia sobre ese fondo *radiante*, donde la luz del sol se *combina* de mil modos, se pierde y se reproduce sin cesar, y parece tomar un nuevo brillo mas *suave* y mas *blando*, de nuevos colores mas variados y mas armoniosos: cada movimiento del ave produce millares de matices nuevos, *destellos de reflejos*,

ondulantes y fugitivos, remplazados sin cesar por otros reflejos y otros matices siempre diversos y siempre admirables. Pero esas plumas brillantes, que *sobrepujan* en resplandor á los mas hermosos colores, como ellos se marchitan y *las pierden* todos los años: el pavo real, *sintiéndose* avergonzado *por tal pérdida*, siente que le vean en tan humillante estado, y busca los retiros mas sombríos para ocultarse, temeroso de que le vean en tal estado, hasta que *la nueva primavera devolviéndole sus galas* acostumbradas, le *trae* á la escena para gozar de los homenajes debidos á su belleza; porque se *cree*, en efecto, que goza de ellos, que es sensible á la admiración y que *para decidirle* á desplegar sus hermosas plumas, no hay mas que mirarle con atención y *prodigarle* alabanzas; y, por el contrario, cuando cree que le miran friamente y sin *gran* interés, repliega todos sus tesoros y los oculta á quien no sabe admirarlos.

LECCIÓN 22.^a

Salchicha se va (página 136)

Mucho tiempo después del reinado de los derechos feudales, cuando la Europa entera, debatiéndose temerosa bajo antiguas formas, había luchado encarnizadamente con las ideas de nuestro siglo y guerreado por los cuatro lados; sucedió que un día, yo no sé como, un guerrero, soldado *moreno trigueño*, con todas las trazas de un *palurdo*, un buen mozalvete; pero en el fondo era un buen perillán, gato viejo; mofletudo, de ancha espalda, fuerte musculatura y nalgudo, iba á su casa con licencia.

El ardiente deseo de volver á ver su país, su pueblo, el techo paternal; aunque esto fuese una bicoca, es muy natural en un corazón joven, lleno de recuerdos de la infancia. ¡Qué hermoso era el verle bullir de alegría.

Nuestro joven soldado, aunque era espadachín en la fuerza del término, á la vez era un bonachón acabado, ó, mas bien, un Adonis, un *lindo mequetrefe*. Poseía en grado superlativo el delicado arte de engatusar á las gentes con su lábica jitanesca.

Sin embargo, las setenta y cinco leguas que le separaban del término de su viaje, le causaban inquietud: esta idea le

aviva, apresura y hostiga; iba, pues, nuestro buen hombre, á buen paso de etapa en etapa, evitando cuidadosamente todo camino de rodeo. Después de tres días de la mas trabajosa marcha por arenas abrasadoras, llegó cerca de una estación de un camino de hierro. Allí se enteró que era la hora de la salida del tren; y, sin darse un momento de reposo se *arroja, por decirlo así*, en un coche para no perder tiempo, con objeto de llegar á la hora y partir en el primer tren. Apenas llegó á la estación, las señales anunciaban yá la salida del tren; tomó su billete y ocupó el único asiento que quedaba en un coche de tercera clase. *El tren llevaba mucha cola*; la locomotora arrastraba tras sí treinta coches. El maquinista imprimía tal presión á la *máquina* que las ruedas parecían volar de estación en estación, y los pasajeros temían, con fundamento, un *descarrilamiento*; pero al fin, gracias al Cielo, *terminaron el viaje* sin accidente alguno desagradable.

Como Guillermo, así se llamaba nuestro soldado, no había aún tomado nada aquel día para almorzar, y ya eran cerca de las dos de la tarde, se sentía devorado de malacia.

Se dirigió, pues, al mejor hotel y pidió la lista. La recorrió con ojos de glotón, y, encima de una doble ración de menudillos de ave, *fricandó* de carnero y callos, se hizo servir una buena taza de café con leche, *acompañada* de tostadas con manteca, un pastel, tortas y galletas. Ya podemos suponer los vasos de vino y los tragos de *táfia* que se echaría. Aquello fué una verdadera francachella; y, por añadidura, no dejó nada de sobras; todo se lo *engulló* como un tragaldabas. Hay que indicar que no se trataba generalmente así en la mesa redonda; si bien en su *mochila* no le faltaba nunca un pedazo de carne asada, un trozo de embutido y algunas veces una buena lonja de jamón; de modo que, al pasar por los pueblos, cuando mas compraba algunos *sueldos* de camuesas, peras encarnadas ó manzanas agrias; este era su festín ordinario.

A eso de las cinco de la tarde se puso en marcha; al anocheecer se encontraba en las cercanías de un gran pueblo y á la entrada de la *morada* de uno de sus compañeros de armas, que en otro tiempo había sido *cabo de fila* de la compañía en que nuestro héroe era *guía*. Juntos habían pasado muchas veces bastantes trabajos. Bernós era el nombre de aquel antiguo camarada: era simpático; el cabello lo tenía dorado, su rostro era mofletudo y con hoyuéllos en los carrillos; un poco

chato, bastante encorbado y un poco patizambo; pero bastante desembarazado y vigoroso gañán.

Entre el gran número de hechos de armas en que se hizo admirar por la armada, se cuenta que un día atacó á una *cua-drilla* de *merodeadores bandoleros*; los acuchilló, hizo rendirse al jefe y le llevó prisionero.

Pero en esta última barrabasada, recibió un tiro en el bajo vientre; después de haberle lavado y vendado la herida, se vió obligado á retirarse. *Al poco tiempo* recibió un nombramiento del general en jefe designándole como valiente y señalándole una pensión de retiro.

Ya había recobrado casi toda su gordura y buen estado, cuando Guillermo pasó á verle y saludarle. Sin embargo le había quedado un diabetes y un ronquido que, al respirar, le *incomodaba bastante*.

LECCIÓN 23.^a

Salchicha se va (*Continuación, página 143*)

A penas nuestros dos camaradas se vieron frente á frente, se quedaron *como embobados*.

No se limitaron á estrecharse las manos con efusión, sino que hicieron estallar su alegría dándose una multitud de cariñosos reveses. Pasaron la noche conversando y charlando.

En cuanto á los gastos gastronómicos no fueron muchos: Guillermo, como tenía el estómago bien repleto, se sentó en el entarimado de la sala y no tomó mas que un poco de torta y algunas golosinas. Eran las diez de la mañana, cuando Bernós, transformado en un horticultor, llevó á su amigo á visitar su jardín. Ya se figurarán Vds. que no se trataba de esas posesiones de lujo, artísticamente plantadas, ni de esos vastos parques tan comunes en Francia, ni mucho menos de esos célebres jardines como Versalles y las Tullerías, con sus *majestuosos ombríos* y sus juegos de agua brotando de mil maneras. El jardín de Bernós se componía sencillamente de algunas *calles estrechas* (cubiertas con menudísima grava cernida, y de arenilla encarnada tamizada y bien rastrillada), *bordeadas* de claveles, violetas y primaveras.

El jardín tenía tres secciones bien surtidas y bien arregla-

das: el vergel, la huerta y el *parterre*: lo agradable iba, en cada una, unido á lo util, y, á veces lo superaba.

El vergel estaba provisto de una multitud de árboles frutales, que formaban encantadoras avenidas; unos empezaban á mostrar esos botoncitos principio del brote, otros estaban en flor, otros ya tenían el fruto cuajado y se presentaba excesivamente vigoroso. Después del vergel venía el jardín ó *parterre*, con sus numerosos laberintos y sus plantas cubiertas de mil flores.

Por medio del jardín se pasaba á la huerta; en todo presidía la abundancia, todo se prodigaba maravillosamente en los diversos planteles y numerosos cuadros; en las *platabandas* había variedad de cosas útiles. Y, además, dos azufaiños florecidos y entrelazados, formaban un hermoso arco que daba entrada al jardín.

Después de este paseo de observación, Guillermo se disponía para irse; pero su amigo el agrónomo le retuvo y le dijo: Francamente, querido Guillermo, debo prevenirte que en el pueblo próximo, que es tu etapa, vas á tenértelas con gente de mala ralea; pero, mira, ten presente que solo son unos monicacos, pelafustanes, bigardos y perfectos palurdos; en una palabra: un puro jabardo de tunos.

La mayor parte van envueltos en un casacón ó enguarina; y tan elegantes personajes no se ocupan mas que en zaherir á cuantos algún negocio los obliga á ir á su pueblo; se burlan de ellos y los prodigan *pullas*, equívocos y juegos de palabras con doble sentido. ¡Mil bombas! querido amigo, no puedo ya contener mi impaciencia; el corazón me late atrozmente y ya tengo deseos de verme frente á esos *antropófagos*, miserables *catetos*. Los desafío á todos. Dicho esto, estrechó la mano de su compañero y se fué. Preocupado con tales pensamientos, entró en la ciudad á las cuatro de la tarde y se dirigió á la casa de Ayuntamiento para que le proveyeran *de boleta*. Apenas hubo entrado en el despacho *del boleterero*, cuando una multitud de desocupados se ponen, de buenas á primeras, á hacerle gestos y muecas. El que parecía el principal de todos; un charlatán con nariz de hurón, piernas de garza; talle alto, pero raquíptico; le pregunta, guiñando el ojo, si había venido por mar ó por tierra. Al verle zanquear de un lado para otro, envuelto en una casaca, pavonearse y haciendo de personaje, se le hubiese tomado por un *parabólico*; pero, en rea-

lidad, no era mas que un *mandilón*, un *marsuino* desagradable.

Qué, pues! dijo otro, con chacó de señor, barnizado de grasa, con fisonomía de mulato: no veis las libreas de un personaje completo? Así habló aquel diminuto, chanflón, de nariz aplastada, grandes mofletes, barrigudo, rechocho, con todo su cuerpo encajado y remangado en su obesidad.

LECCIÓN 24.^a

Salchicha se va (Conclusión, página 150)

Guillermo al oír tan *presuntuoso lenguaje* y semejante *jerigonza*, sentía que se le iban *hinchando las narices*, pero se mantenía en actitud disimulada.

De repente, y retorciéndose el bigote, con tono firme y decidido; exclamó: Juro á Dios, que jamás he visto truhanes de vuestra especie; y yéndose en derechura del mas huraño, como sostenedor de esta escena *heroico-cómico-cáustica*, dijo: No comprendo ¿lo oyes? esa *tatología*: entiéndolo pues, insolente *zopenco*; no soy un personaje, y, á más, no lo envidio; me llamo sencillamente Guillermo Perlón; veterano en el 40 de línea, cinco veces mencionado en el campo de batalla, y otras tantas condecorado. Después de esta inesperada salida, arruga el *entrecejo* y clavando la vista al rededor, sobre sus interlocutores, *echando* chispas por los ojos, lleno de cólera, levantando un punto el tono de la voz, que de suyo era robusta, y sacudiendo la cabeza de un modo provocativo, gritó:

A mi, corazón de león, á mi, benemérito de la patria, es á quien estos *petates*, *piojosos de lugareños*, estos estúpidos bobalicones dirigen esas *cuchufletas*?

Así que pronunció estas palabras, adoptando el continente de un *fierabrás*, echa mano á su sable, le desenvaina y le blande de una manera terrible.

Al ver la actitud de su *chafarote*, todos aquellos pilluelos de nueva ralea, *toman las de Villadiego*; abandonan el campo y desaparecen, en un abrir y cerrar de ojos, lo mismo que los corzos en sus guaridas, ó como los conejos cuando huyen y se esconden en sus madrigueras.

Guillermo al verse solo, se dirige al *boletero* y le dice; Ca-

ramba! de buena se han escapado estos *renacuajos*. En recompensa á su algarada, los obsequio con mi desprecio: esta es mi venganza; y, dicho esto, envainó su sable.

Vuestro alojamiento, señor Perlón, está en la calle del Mercado n.º 3 entresuelo; en casa de un antiguo chalán, muy hombre de bien; *vanidoso* acabado y *anglómano* furioso. Es tan gordinflas que, cuando monta su rocín, en el que siempre va á la gineta, parece un verdadero *centauro*; cuando va de tal modo, hace el mas hermoso tipo. Se dice que es un ruín y que en su casa bebe de lo lindo. Renquea, *pestañea* y escupe sin cesar; pero, sin embargo, cuando se acicala y se compone, *se pasan muy buenos ratos á su lado*; á pesar de que siempre *le está cayendo la moquita*, y del mal olor de su *grasienta* peluca, el que se apercibe á veinte pasos á la redonda.

Después de esta advertencia confidencial, tomó Guillermo su *boleta*; saludó cortesmente al *boletero* y se dirigió al alojamiento que le habían destinado.

Eran las cinco de la tarde, llega al n.º 3 y encuentra la puerta cerrada. Llama, abren y entra.

Nuestro *chalán* iba á comer; para cualquiera otra que Guillermo, hubiera sido *una bicoca*; pero no era *gorrón*, y además en casa de Labat no había *comida para gorriones*. Llega Vd. muy á tiempo, le dijo; voy á comer y charlaremos juntos. Dicho y hecho; se sientan uno en frente de otro en rededor de *un monópedo*. Aunque Labat pasa por mezquino, no existe en él la mezquindad, cierto que en su casa no hay *coperero*, *panetero*, ni gran *repostero*; pero siempre hay comida abundante.

Sin embargo, nuestro *alabancioso embelecador*, al paso que dirigía fanfarronadas á Guillermo, bebía de lo lindo y se *enchispaba* á medida que el interior de la *damajuana* se agotaba.

¡Caramba! mi valiente camarada, exclamó de repente: ¿No puedo saber su nombre de Vd? Mi nombre no es un misterio, mi querido huesped, dijo Guillermo, dispuesto á *pegársela* al hablador, al ver una *gran* sarta de salchichas, colgada á la chimenea para ahumarlas y para que se secasen: Yo me llamo Guillermo Salchicha. Estoy muy cansado, añadió, y mañana tengo que hacer una buena caminata, por lo que tengo que levantarme muy temprano; y, con el permiso de Vd. voy á acostarme.

El señor Labat, queriendo hacer el honor de acompañarle,

se levanta de la mesa; al querer andar, hace una cabriola, que cualquiera hubiese dicho que iba á debutar con una contradanza; pues aquello era una mezcla de *cabriola* de vals y de galop. El cuarto de dormir era un súcio chiribitil.

Al siguiente día, al primer *canto* del gallo, cuando el sueño reinaba en toda la casa, nuestro improvisado *Salchicha*, se levanta, zambulle las salchichas en su mochila, y, dirigiéndose á una alcoba vecina, exclama: Mi amo! mi huesped! *Salchicha* parte, *Salchicha* se va. Saludo á Vd. con todo mi corazón. Adios mi querido *Salchicha*, le respondió *Labat*, y buen viaje.

Guillermo se fué y por las calles iba *tarareando*:

«Todas tus salchichas se *van*

»aldeano *palurdo*

»canta pues al fin

»Adios salchicha, adios *Perlón!*»

LECCIÓN 25.^a

Sermón sobre el pequeño número de los elegidos

(página 158)

Me detengo en vosotros, hermanos míos, que estais aquí reunidos; no hablo yá del resto de los hombres; os miro como si fueseis solos en la tierra; y, he aquí el pensamiento que me ocupa y me espanta: Supongo que ahora es vuestra última hora y el fin del universo; que *los Cielos* van á abrirse sobre nuestras cabezas; *Jesucristo* va á aparecer en su gloria en medio de este templo en que únicamente estáis reunidos para esperarle, como criminales temblorosos á quienes *van* á pronunciar una sentencia de gracia ó de muerte eterna; porque, *por mucho que os lisonjeis*, morireis tal que *sois y os encontráis hoy*; todos esos deseos de cambio que os recrean, os recrearán hasta en el lecho de la muerte; esta es la experiencia de todos los siglos: La novedad que entonces encontrareis en vosotros mismos, consistirá acaso en que la cuenta que tendreis que dar será un poco mayor, y, por lo que sois en este momento, si se os juzgase, podeis casi comprender lo que os pasará al salir de esta vida.

Sentado esto, os pregunto, y, os lo pregunto sorprendido de terror, *sin* separar mi suerte de la vuestra y poniéndome en la misma disposición en que deseo entreis; yo os pregunto, pues: Si Jesucristo apareciese en este templo, en medio de esta asamblea para juzgarnos, para hacer la terrible *separación* de los *chivos* y de las *ovejas*; creéis que el *mayor* número de todos los que estamos aquí, *sería* colocado á la derecha? Creéis que las cosas *serían al menos* iguales? Creéis que se encontrarían aquí *solamente* diez justos? *número* que el Señor no pudo encontrar en otros tiempos en cinco ciudades enteras. Os lo pregunto y vosotros lo ignorais, y yo mismo lo ignoro. Vos solo, ¡Oh Dios mío! *sabeis* los que os pertenecen. Mas, si nosotros no conocemos á los que le pertenecen, sabemos, al menos, que los pecadores no le pertenecen.

Supuesto esto, ¿quiénes son los fieles aquí reunidos? Los títulos y las dignidades no tienen ningún valor; seréis despojados de ellos delante de Jesucristo: *Quién sois?* Muchos pecadores que no quieren convertirse; *muchos más* aún de los *que lo querrían*, pero que *difieren* su conversión; otros varios que se convierten para volver á *caer*; y, por último, un gran número que creen no tener necesidad de conversión: he ahí el partido de los reprobados. *Suprimid* estas cuatro clases de pecadores de esta santa asamblea; porque todos ellos serán *excluidos* cuando llegue *el gran día*. Apareced ahora, justos; dónde estais? Restos de Israel! pasad á la derecha! *trigo* de Jesucristo, *sepárate* de esa paja destinada al fuego: oh Dios! **DÓNDE ESTÁN TUS ELEGIDOS**, y qué es lo que *queda para ti?*

LECCIÓN 26.^a

Último cántico de Corina (página 165)

Recibid mi solemne saludo, oh conciudadanos míos! Las nieblas se apoderan ya de mi vista; pero el cielo ¿no es mas bello durante la noche? *Millones* de estrellas le decoran; de día no es más que un desierto. De este modo las sombras eternas revelan innumerables pensamientos que el *resplandor* de la prosperidad hacía olvidar. Pero la voz que podría *narrarlos*, se debilita por grados; el alma se retira en sí misma, y *intenta reunir* su último calor.

Desde los primeros días de mi juventud, prometí honrar este nombre de *Romana* que hace aún estremecerse el corazón. *Me permitiste* la gloria. ¡Oh, tú! nación liberal que no destierras á las mujeres de tu templo, que no sacrificas talentos inmortales á los celos pasajeros, tú que siempre aplaudes el *desenvolvimiento del jénio*: ese vencedor sin vencidos, ese conquistador sin despojos que se abastece en la eternidad para enriquecer el tiempo.

¡Qué confianza me inspiraban en otros tiempos la naturaleza y la vida! Yo creía que todas las desdichas *provenían* de no pensar bastante, de no sentir bastante; y que sobre la tierra se podía ya disfrutar anticipadamente la felicidad celeste, que no es mas que la duración en el entusiasmo y la constancia en el amor... No! no me arrepiento de esta jenerosa exaltación; no; no es ella quien me ha hecho verter las lágrimas *con que se ha regado el polvo que me espera*. Yo hubiera cumplido mi destino, yo hubiera sido digna de los beneficios del Cielo, si hubiere consagrado mi *retumbante* lira á celebrar la bondad divina, manifestada por el universo. Tu no *rechazas* ¡oh, Dios mío! el tributo del talento. El homenaje de la poesía es religioso, y las alas del pensamiento sirven para *acercarse á TI*.

No hay nada estrecho, nada de sojuzgado, nada de limitado en la relijión. Es lo inmenso, lo infinito, lo eterno; y, lejos de que el jenio pueda desviarse de ella, la imajinación, de su *primer esfuerzo, depasa* los límites de la vida, y lo sublime, en todo jénero, es un reflejo de la Divinidad.

Ah! Si yo no hubiere amado mas que á ella, si hubiese colocado mi cabeza en el cielo al abrigo de las borrascosas afeciones; no me encontraría *quebrantada* antes de tiempo; ni fantasmas se hubieran posesionado del *recinto* de mis brillantes quimeras. ¡Desgraciada! mi JENIO, si subsiste aún, *solo le sienta* por la fuerza de mi dolor; *bajo* los rasgos de poderosa enemiga se puede aún RECONOCERLE.

Adios, pues, país mío!, adios, pues, la *tierra donde nací!* Recuerdos de la infancia, Adios! Qué teneis que hacer con la muerte? Vosotros, los que en mis escritos habeis encontrado sentimientos que respondían á vuestra alma; oh, amigos míos! en cualquier lugar en que esteis, Adios! No ha sido por ninguna causa indigna por lo que Corina ha sufrido tanto; ni ha perdido, al menos, sus derechos á la piedad.

LECCIÓN 27.^a

Último cántico de Corina (*Continuación, página 170*)

Hermosa Italia! En vano me prometes todos tus encantos; qué podrías hacer por un corazón abandonado? Reanimarías mis deseos para *acrecentar* mis penas? Me *devolverías* la dicha para sublevarme contra mi suerte? *Me someto á ella con agrado.*

Oh, vosotros, los que me sobrevivais! Cuando la primavera llegue, acordaos cuanto me gustaba su belleza y cuantas veces he ensalzado sus *brisas* y sus perfumes! Acordaos alguna vez de mis versos; mi alma está impresa en ellos; pero musas fatales, el amor y la desgracia, han inspirado mis últimos cánticos. Cuando los designios de la Providencia se han cumplido en nosotros, una música interior nos prepara á la llegada del angel de la muerte; este no tiene nada de espantoso, nada de terrible; lleva alas blancas, aunque vaya rodeado de la noche; pero antes de su venida mil presajios le anuncian. Si el viento *susurra*, *creemos* oír su voz. *Cuando termina* el día, hay en la *campiña* grandes sombras que parecen los pliegues de su *ropage talar*. Al mediodía, cuando los que están *en la plenitud* de la vida, no ven mas que un cielo sereno, ni sienten mas que un buen sol, aquel á quien reclama el angel de la muerte, *apercibe una nube lejana* que muy pronto *cubrirá á su vista* la naturaleza entera.

Esperanzas, juventud, emoción del corazón, *donde estais*. Lamentos engañosos, id lejos de mi! Si obtengo aún algunas lágrimas, si me creo todavía amada, es porque voy á desaparecer; pero, si *recuperase la vida*, muy pronto volvería contra mi todos sus *dardos*.

Y tu, Roma, á donde mis cenizas serán transportadas, *tu que á tantos has visto morir*, *perdona* si yó, con paso tembloroso, me reuno á tus sombras ilustres; *perdóname mis lamentos*. Sentimientos y pensamientos, acaso nobles, acaso fecundos, se apagan conmigo, y de todas las facultades del alma *que la naturaleza me ha concedido*, la de sufrir es la única que he ejercido completamente. No importa; obedezcamos!

El gran misterio de la muerte, cualquiera que sea, debe

dar calma. Vosotras me respondereis de ello, tumbas silenciosas! *Tu me respondes* también, divinidad bienhechora. Yo había escogido en la tierra y mi corazón no tiene ya asilo.

Tu decides por mi; mi suerte será mejor.

LECCIÓN 28.^a

Servilius acusado (página 176)

Si me han hecho venir aquí para pedirme cuenta de lo que pasó en la última batalla en que yo mandaba, estoy presto *para contestar*; pero si no es más que un pretesto para *hacerme perecer*, como lo supongo, economizadme palabras inútiles: aquí teneis mi cuerpo y mi vida; esta y aquel os entrego: *haced lo que queráis de mí.*

Algunos de los más moderados de entre el pueblo, le gritaron que tuviese valor, que continuase su defensa.

Puesto que tengo que habérmelas con jueces y no con enemigos, añadió; os diré: Romanos! Fuí hecho consul con *Virginius* en tiempos en que los enemigos eran dueños del campo y la disensión y el hambre estaban en la ciudad. En tan enojosa coyuntura *fuí* llamado al gobierno del Estado.

Marché al enemigo, le deshice en dos batallas y le obligué á encerrarse en *sus plazas*; y, en tanto que permanecía en ellas, como oculto por el terror de vuestras armas, asolé á la vez su territorio; he sacado de él una cantidad prodijiosa de granos y la hice traer á Roma, restableciendo la abundancia.

Hasta aquí, ¿qué falta he cometido? Se me *quiere tratar como á un criminal* por haber tenido dos victorias? Se dice que he perdido mucha gente en el último combate. ¿Se pueden librar batallas contra una nación aguerrida, que se defiende valerosamente, sin que haya de una y otra parte que derramar sangre?

¿Qué divinidad *se ha comprometido* con el pueblo romano *para hacerle ganar victorias* sin que tenga ninguna pérdida? Ignorais que la gloria no se adquiere más que con grandes peligros? *Yo di la batalla* contra FUERZAS mucho más numerosas que las que vosotros me habíais confiado; no cesé, después de encarnizado combate, de HACERLAS retroceder; *derroté sus le-*

jiones, y, últimamente huyeron. Podía yo rehusar la victoria que iba delante de mi? Estaba ni aún en mi poder el retener á nuestros soldados, que *incitados por su valor y fuera de sí* perseguían con ardor á un enemigo espantado? Si yo hubiese *tocado retirada*, si hubiese llevado á los soldados á su *campamento*, ¿no me acusarían hoy vuestros tribunos de estar en inteligencia con los enemigos?

Si vuestros enemigos se rehacen y los *detiene* un cuerpo de *ejército* que avanzaba en su socorro: si, en fin, fué preciso comenzar de nuevo el combate, y si, en esta última acción, he perdido algunos soldados, ¿no es esto la suerte ordinaria de la guerra? Encontrareis jenerales que quieran encargarse del mando de nuestras armadas, á condición de volver á Roma todos los soldados que hubieren salido bajo sus órdenes?

No examineis, pues, si al fin de la batalla he perdido algunos soldados; juzgad de mi conducta por mi victoria. Si es verdad que he arrojado de vuestro territorio á los enemigos, que los he *muerto* mucha gente en dos combates, que he forzado á los restos de su armada á encerrarse en sus plazas, que he enriquecido á Roma y á vuestros soldados con el botín que han hecho en el país enemigo: que se levanten vuestros tribunos y que *me reprochen* en qué he faltado á los deberes de un buen general.

LECCIÓN 29.^a

Servilius acusado (*Continuación, página 148*)

Mas, no es eso lo que yo temo: estas acusaciones solo sirven de pretesto para poder ejercer impunemente su ódio y su animosidad contra el senado y contra el orden de los patricios. Mi verdadero crimen, lo mismo que el del ilustre *Mene-nius*, es el no haber nombrado, uno y otro, durante nuestros consulados, esos decemviro por los que suspirais hace mucho tiempo. Pero, acaso lo podíamos hacer en la agitación y el tumulto de las armas y *en tanto* que nuestros enemigos estaban á nuestras puertas y la división en la ciudad?

Y aunque hubiéramos podido, sabed, Romanos, que Servilius jamás hubiera autorizado una ley que no se puede observar, sin excitar una turbación general en todas las familias,

sin causar infinidad de procesos y sin arruinar á las primeras casas de la república, que son su mas fuerte sostén. *¿Es posible que siempre que pedís algo al senado, sea perjudicial al bien común de la patria, y que solo le demandeis por sediciones?*

Si un senador se atreve á mostraros la injusticia de vuestras pretensiones, si un consul no habla el lenguaje sedicioso de vuestros tribunos, si defiende con valor el soberano poder de que está revestido, gritan: *al tirano!* y, apenas *termina su cometido*, se encuentra agobiado de acusaciones. Asi es como, por vuestro injusto plebiscito, habeis quitado la vida á *Menenius*, tan gran capitán como buen ciudadano. No debiais morir de vergüenza por haber perseguido tan cruelmente al hijo de aquel *Menenius Agrippa* á quien debeis vuestros tribunos y ese poder que ahora os hace tan furiosos?

Acaso se crea que os hablo con demasiada libertad, en el estado en que me ha colocado mi fortuna; pero no temo la muerte: condenadme, si os atreveis; la vida *solo puede ser pesada carga* á un general *reducido* á justificarse de sus victorias: después de todo, una suerte parecida á la de *Menenius* no puede deshonrarme.

LECCIÓN 30.^a

El estudio de las ciencias naturales (página 189)

Y cómo no conservaríais *siempre* nuestro ardor por las ciencias naturales? Cualquier destino que os espere, en cualquiera comarca del globo *donde paseis vuestra vida*, la naturaleza os rodeará continuamente de sus producciones, de sus fenómenos, de sus maravillas. En las vastas llanuras y en medio de los bosques espesos, en lo alto de los montes, en el fondo del valle solitario, hácia el borde de los apacibles arroyos y sobre la inmensa y agitada superficie del Océano, *siempre* estareis rodeados de objetos de vuestro estudio.

Os seguirá por todas partes esa colección que la naturaleza despliega con tanta magnificencia *ante* los ojos dignos de contemplarla, y que es tan superior á todas las que el tiempo, el arte y el poder reúnen en los templos consagrados á la instrucción. *¿Cuál es el punto de la tierra donde la Ciencia, á cu-*

yos progresos nos hemos consagrado, no nos demuestre un nuevo ser que describir, una nueva propiedad que reconocer y un nuevo fenómeno que *descubrir*? ¿Cuál es el clima donde transportando, multiplicando, perfeccionando las especies ó las razas; y dando á la agricultura socorros mas poderosos, al comercio producciones mas numerosas ó mas bellas; á las naciones populosas medios de subsistencia mas agradables, mas sálubres, mas abundantes, *donde no merezcáis* bien de vuestros semejantes?

Ah! señores! no renunciéis nunca á la fuente mas pura de la dicha, que *ha sido reservada* á la especie humana. Todo lo que la filosofía ha dicho del estudio en general, ¡cuánto debemos nosotros, con mas razón, repetirlo de esa pasión constante y dulce que se anima con el tiempo, calienta sin consumir, arrastra con tanto encanto, imprime al alma movimientos tan vivos y, sin embargo, tan poco tumultuosos, se apodera de la existencia entera y la ata con tanta fuerza á la conquista de la verdad, tiene por primer término la observación de los actos de la facultad creadora, por último fin el perfeccionamiento, por gozo una paz interior, una alegría secreta é inexpressable y por recompensa la estimación de su siglo y de la posteridad! ¡Cómo embellece todos los objetos con que *se alía*! A qué edad, en qué estado, en qué *posición* no conviene? *El estudio* de las Ciencias encanta *nuestros primeros años*, place á la edad madura, adorna con flores la vejez, disipando las penas, calmando los dolores, *alejando el tedio*, aligerando el *fardo* del poder, solazando del trabajo de los *asuntos penosos*, haciendo olvidar hasta la miseria, consolando de la desgracia de una fama demasiado grande. Qué adversidad no atenúa el estudio.

Echad una mirada á los hombres célebres de quien nos han trasmitido sus acciones mas secretas. ¿Quiénes han sido los más dichosos? Los que se han *dedicado* á la contemplación de la naturaleza. *Lo atestigo con Aristotes, Lineo, Bufón, Bonnet*, y ese Bernardo de *Jussieu*, cuya tierna solicitud por la conservación de una planta nueva, describía tan bien la apacible felicidad; y estos naturalistas que *tenemos aún* entre nosotros (1), en cuya vejez, tan justamente honrada, gozan, en

(1) Se refiere á Daubeton y á D. Ildefonso Zubia, muertos después de pronunciado este discurso.

medio de la calma de una vida muy prolongada, dichosa y serena, del reconocimiento de sus contemporáneos y del afecto de mis sabios colegas. *Atestiguolo también con las ilustres víctimas de su sagrada pasión: Plineo que muere en medio del Vesubio; otros muchos célebres viajeros, que expiran por la Ciencia en tierra extranjera; esos infortunados compañeros de la Peyrusa, cuyos mares lo han tragado todo, excepto sus derechos á la posteridad. Y los sacrificios útiles, la jenerosa abnegación, el santo entusiasmo, ¿no tienen también su dicha suprema?*

No; después de la virtud, nada puede conducirnos mas seguramente á la felicidad que el amor á las Ciencias naturales. Y vosotros que me escuchais, *jóvenes aún*, ¡formad nuestra mas querida esperanza! Vosotros ante quien se abre una carrera, que podeis ilustrar con tantos trabajos. ¡Ah! Cuando hayais *sentido* esta verdad consoladora, *comprendereis* que la dicha está en la Virtud que ama y en la Ciencia que ilumina! Cuando en medio del *brillo* de la gloria, ó en la obscuridad de un apacible retiro, goceis del encanto *que va unido al estudio de la naturaleza*, cuando vuestro corazón os señale vuestros primeros años, vuestros primeros esfuerzos, vuestros primeros éxitos; mezclad algunas veces á esos pensamientos el recuerdo del que entonces *ya no existirá*; pero que hoy y con todas las facultades de su alma y de su *inteligencia*, os llama á los mas *dichosos destinos*.

LECCIÓN 31.^a

Una plaza de preceptor (página 193)

Hice llevar, desde el mismo día, mi *baul* al hotel del marqués; allí encontré un cuarto amueblado *exprofeso* para mí. Ví á mi discípulo. Era un niño de siete años, hermoso como el día y en *extremo afable*. Estaba aún *en manos de mujeres*; pero me le entregaron *inmediatamente*; pusieron á *nuestras órdenes* un ayuda de cámara y un lacayo para servirnos.

Como los niños nacen generalmente con algunas inclinaciones *que hay necesidad de corregir*; empecé por *dedicarme á estudiar las suyas*. *No le noté ninguna mala*; las mujeres que habían educado su primera infancia, habían tenido cuidado de

no permitirle ninguna inclinación viciosa. Le habían enseñado también á leer y á escribir; de modo que *se familiarizaba bastante bien con las letras.*

Le compré *un rudimento* y empecé á enseñarle los *principios elementales* de la Lengua latina. Mezclaba en mis lecciones *fabulitas*, propias para desarrollar *el ingenio, divirtiéndole al mismo tiempo.* Mi discípulo las retenía con sorprendente facilidad, y cuando *se las repetía* á su padre, *lo hacía* con tan buena gracia, que el marqués lloraba de alegría. *Ciertamente* que este *señorito* prometía mucho. Yo estaba admirado de sus *felices* disposiciones y *orgullosa*, anticipadamente, del honor que me daría su educación. Tan contento estaba yo de mi estado que *ardía en deseos* de ir á ver al religioso de la *Merced* para *testimoniárselo.* Mi reverendo Padre, le dije, con tal aire de satisfacción, que en seguida adivinó el motivo de mi visita, vengo lleno de reconocimiento, á dar á Vd. las gracias que le debo. Me ha colocado V. en una casa en la que soy querido, considerado y respetado. Tengo por discípulo á la *criatura* mas dócil del mundo: no se observa en él ningún defecto: no es un niño, es un angel.

.....Yo gocé tranquilamente de mi felicidad durante un año entero. Aunque no cobré ni *cinco céntimos* de mi *soldada*, yo estaba sin embargo muy tranquilo sobre este particular.

Cuando no tenga dinero, me decía yo, D. Gabriel Pampano, *nuestro administrador*, me proveerá de ello; no tendré mas que decirle dos palabras, *é inmediatamente me dará constante y sonante tanto cuanto quiera.*

LECCIÓN 32.^a

Una plaza de preceptor (Continuación, página 205)

En *tal* confianza, dejé pasar seis meses mas sin impacientarme. Pero, al fin, la necesidad, en que insensiblemente me veía de tener algunos doblones para mis *imprescindibles gastos*, *llegó á su fin* y me dirigí al señor D. Gabriel. Ruego á usted, le dije, que me dé treinta doblones á cuenta de mis *honorarios.* Señor bachiller, me respondió, afectando, *cierta pena*, me *coje* Vd. sin *blanca*, y lo siento muchísimo. Esté Vd. en la persuasión que le daría á Vd. cien doblones, en lugar de trein-

ta, si estuviese en fondos; pero os aseguro que ni siquiera diez escudos tengo en caja.

Antiguo estilo de administradores! dije yó para mis botones: si tuviese Vd. deseos de obligarme, no me negaría usted lo que le pido. *Se me deben* mas de ciento cincuenta doblones y tengo necesidad de dinero; por favor, colóquese Vd. en mi situación». Ruego inútil. *Por mas que le dije, por mas que insté al señor Pampano para que me diese al menos una decena de doblones, el verdugo fué inexorable. El corazón de un administrador es un pedernal.....*

Tomé el partido de dirigir mis peticiones al marqués. Mucho trabajo me costó el resolverme á ello; pero la necesidad me obligó. *Hice ver al señor lo precario de mi situación y lo inútiles que habían sido mis jestioniones con D. Gabriel, y eso que no le había pedido mas que una pequeña suma, comparada con la que se me debía.* El marqués se puso, ó para hablar con mas propiedad, parecía furioso contra su administrador; dijo que MENUDA REPRIMENDA LE IBA Á DAR y que *deseaba* que yo fuese regularmente pagado por trimestres. Después de esto, ¿quién no hubiese creído que iba á cobrar por lo menos una cincuentena de doblones? *sin embargo, no adelanté un paso en mis jestioniones;* bien por que Pampano y su amo *careciesen, en efecto, de dinero,* ó acaso, y esto es lo mas verosimil, se entendían para tratarme como á los demás acreedores. Mi situación era por demás violenta para que no me esforzase en salir de tal estado. Empléé por cuarta vez al padre Tomás, quien compartiendo mi *desventura,* me colocó en casa de un banquero.

LECCIÓN 33.^a

La oración á bordo de un navío (página 212)

.....Una tarde de profunda calma, nos encontrábamos en uno de esos hermosos mares que bañan las orillas de Virginia; todas las velas estaban plegadas; yo estaba ocupado bajo el puente, cuando oí la campana que llamaba á la tripulación; apresureme á ir para mezclar mis *oraciones* á las de mis compañeros de viaje. Los oficiales con los pasajeros estaban sobre el *castillo* de popa; el limosnero, con un libro en la mano, un poco mas adelante; y los marineros *esparcidos y revueltos*

sobre el *punte*. Todos estábamos de pié, la cara vuelta hacia la proa del *buque*, *enfilada* hacia el Occidente.

El globo del sol presto á hundirse en las olas, aparecía entre el *cordaje* del navío en medio de los espacios sin límites. Se hubiese dicho, por los balanceos de la popa, que el astro radiante cambiaba á cada instante de horizonte. Al Oriente aparecían nubes, como arrojadas sin orden, y la luna subía con lentitud; el resto del cielo estaba puro; al norte, formando un glorioso triángulo con los astros del día y de la noche, una tromba, brillante con los colores del prisma, *salía del mar, como si fuese un pilar de cristal que sostenía la bóveda del cielo. Muy digno de compasión sería el que no hubiese reconocido en este espectáculo la belleza de Dios.*

Sin darme cuenta, mis mejillas estaban bañadas de lágrimas, cuando mis compañeros, quitándose *el sombrero alquitranado*, *empezaron* á entonar, con voz ronca, su *sencillo cántico* á Nuestra Señora del Buen Socorro, patrona de los marineros. ¡Cuán conmovedora era la oración de aquellos hombres que sobre una fragil tabla, en medio del Océano, contemplaban *la puesta del sol en las olas!* Aquella invocación del pobre marinero á la Madre del Dolor. ¡Cómo llegaba al alma!

La conciencia de nuestra pequeñez á la vista de lo infinito, nuestros cánticos extendiéndose á lo lejos sobre las olas, la noche aproximándose con sus *asechanzas*, la maravilla de nuestro barco en medio de tantas maravillas, una tripulación religiosa *embargada* de admiración y de temor, un augusto sacerdote orando, Dios *inclinado* sobre el abismo, con una mano reteniendo al sol á las puertas del Occidente y con la otra elevando á la luna en el Oriente, y prestando, á través de la inmensidad, atento oído á la voz de su criatura: He ahí lo que no podría pintarse y lo que todo el corazón del hombre apenas es suficiente para *sentirlo*.

LECCIÓN 34.^a

La indiferencia en materia de religión (página 218)

El siglo mas enfermo no es el que se apasiona por el error, sino el que *descuida* y desdeña la verdad. Adonde se aperci- ben violentos *entusiasmos*, hay aún fuerza, y, por consiguien-

te, esperanza; pero cuando todo movimiento está *extinguido*, cuando el pulso ha cesado de *latir*, cuando el frío *se ha apoderado* del corazón; *¿qué se puede* esperar entonces mas que una próxima é inevitable disolución? En vano se intentaría disimularlo; la sociedad en Europa avanza rápidamente hácia este término fatal. Los ruidos que *atrueñan* en su seno, las sacudidas que le *conmueven*, no son los mas *espantosos* síntomas que ofrece al observador; sino esa letárgica indiferencia en que la vemos caer: y, de ese profundo *amodorramiento*, *¿quién la sacará?* Quien *soplará* esos áridos osamentos para reanimarlos? El bien, el mal, el árbol que da la vida y el que produce la muerte, alimentados por el mismo suelo, crecen en medio de los pueblos que, sin levantar la cabeza, pasan, estienden la mano y cojen sus frutos al azar. Religión, moral, honor, deberes, los principios mas sagrados, como los mas nobles sentimientos, no son mas que una especie de sueño de brillantes y lijeros fantasmas que *juguetean* un momento en lo *remoto* del pensamiento para desaparecer en seguida *para siempre*. No; jamás se había visto nada semejante, *ni hubiera podido uno imaginárselo*. Han sido precisos muchos y perseverantes esfuerzos, una lucha infatigable del hombre contra su conciencia y su razón para llegar, en fin, á esa brutal *indolencia*. Fijad un momento vuestras miradas *en* ese rey de la creación: *¿Qué* incomprensible envilecimiento! Su agobiado espíritu no está á gusto mas que en *las tinieblas*. Ignorar es su alegría, su paz, su felicidad; ha perdido hasta el deseo de conocer lo que mas le interesa. Contemplando con un igual *tiene aversión* á la verdad y al error; afecta creer que no se les *podría discernir*, con la idea de confundirles en un común desprecio; último exceso de depravación intelectual donde le sea dado llegar.

Supuesto eso, cuando se considera ese prodijioso *extravío*, se siente yo no sé que indecible lástima por la naturaleza humana. Porque, *¿se puede* concebir condición mas miserable que la de un ser igualmente ignorante de sus deberes y de sus destinos, ni un mas *extraño trastorno* de la razón que el poner su dicha y su orgullo en esa ignorancia misma que debiera ser *mas bien* el motivo de inconsolable jemido?

LECCIÓN 35.^a

El antojadizo (página 223)

Qué es lo que le ha sucedido *de funesto* á Melanto? Exteriormente nada, interiormente todo. Sus negocios van á pedir *de boca*: todo el mundo *hace* por agradarle. *Quoi donc?* c'est que sa rate fume. Il se coucha hier les delices du *genre* humain: esta mañana *le causa á uno vergüenza*, es preciso ocultarle. Al levantarse, el pliegue de un calcetín le ha disgustado: todo el día será borrascoso y *no habrá quien le aguante*. *Dá miedo y lástima*: llora como un niño, ruje como un león. Un vapor maligno y feroz turba y *ennegrece* su imaginación, como la tinta de su escribanía *embadurna* sus dedos. No *vayais á hablarle* de las cosas que *mas quería* hace un momento: por la misma razón que *las ha querido*, no podrá ya aguantarlas. *Los juegos de recreo*, que tanto ha deseado, *le llegan á ser enojosos*: es necesario abandonarlos. *De intento* contradice, se lamenta, *zahiere* á los demás y se irrita, al ver que no quieren enfadarse. Frecuentemente dirige sus golpes al aire, como toro furioso que, con sus afilados cuernos, va á batirse contra los vientos.

Cuando le falta pretexto para atacar á los demás, se vuelve contra sí mismo: se vitupera, no se *considera* bueno para nada y se desespera; *lleva* muy á mal que quieran consolarle. Quiere estar solo y no puede *aguantar* la soledad. Vuelve á la *compañía* y se disgusta *con ella*. Si uno se calla, este silencio afectado le choca. Si hablan bajo, se imagina que lo *que dicen* es contra él. Si se habla alto, encuentra que hablan demasiado y que *están muy alegres*, mientras él está triste. *Si uno* está triste, esta tristeza le parece que es para reprocharle sus faltas. Si uno ríe, supone que es para burlarse de él. Qué hacer? ser tan *constante* y tan paciente cuanto él es insoponible, y esperar en paz que mañana *vuelva á estar* tan juicioso como ayer. Este humor extraño se va como viene.....

Pero qué medio para prever esas borrascas y conjurar la tempestad? No hay ninguno; *ni existen* almanaques para predecir este mal tiempo. Guardaos bien de decir: Mañana iremos á divertirnos á tal jardín. El hombre de hoy no será el de ma-

ñana; el que os promete ahora, desaparecerá bien pronto; no sabreis ya donde *cojerle* para hacerle *cumplir* su palabra; en su lugar encontrareis *un no se qué, sin forma ni nombre, pues no le puede tener*, ni sabreis definirle dos instantes seguidos, de la misma manera. Estudiadle bien; después decid de él *cuanto* os agrada; no será mas verdadero el momento *porque lo hayais dicho*. Ese yo no se qué, quiere y no quiere; amenaza y tiembla: mezcla *altanerías* ridículas con bajezas indignas. Lloro y ríe, *bromea*, se pone furioso. En su furor, el mas extravagante é insensato, es agradable, elocuente, sutil; lleno de jiros nuevos, aunque *no tenga* una sombra de razón..... A menudo se imagina que todos los que le hablan están *descompuestos* y que solamente él está moderado; como un hombre que tiene ictericia, cree que todos los que vé, están amarillos, aunque lo amarillo no exista mas que en sus ojos.

Mas, puede ser que *respete* á algunas personas á quien *debe* mas que á otras, ó que *parezca que las quiere mas?* No!; su *extravagancia* no conoce á nadie, *se sirve* sin elección de todo lo que encuentra: el primero que llega, le es bueno para *descargar* con él; todo le es igual, con tal que se enfade; diría injurias á todo el mundo. No ama *ya á nadie*, ni de nadie es amado; se le persigue, se le *traiciona*; no debe nada, *sea á quien quiera*. Pero, esperad un momento; ved otra escena: tiene necesidad de todo el mundo; quiere, se le quiere también; adula, se insinúa, *hechiza* á cuantos no podían aguantarle; confiesa *su error*, ríe de sus extravagancias, se *falsifica*; y creeriais que es el mismo en sus accesos de *arrebato*, *pues se sabe imitar maravillosamente*. Después de esta comedia representada *por su propia cuenta*; creéis muy bien que al menos no hará ya el endemoniado. Mas ¡ay! os engañaís; lo hará *esta misma tarde*, para burlarse mañana sin correjirse.

LECCIÓN 36.^a

Audiencia solemne del León (página 229)

El león, que era el rey de los animales, resolvió un día *presidir en su trono una gran audiencia*. Convocó al campo

de mayo (1) una asamblea general de todos los notables de sus súbditos; quería conocer el estado de la opinión de su reino y poner remedio á los abusos, *en todas partes donde existiesen*. Para que la reunión fuese mas brillante, elijió, como hacia Carlomagno, los primeros hermosos días de la primavera, cuanto los árboles adornados de naciente verdura, la melodía de los pájaros *se despierta*, las campiñas se decoran con las flores y se cubren *de pastos*. Creía que le sería entonces mas facil *hospedar* y festejar á los numerosos huéspedes que esperaba.

Todos los personajes notables del pueblo animal, grandes y pequeños, *acudieron*, á la convocatoria del rey. LLEGÓ *Fiérapel*, duque de los leopardos; *Grosbrun*, tribuno de los osos; *Isengrin*, sátrapa de los lobos; *Berfrid*, cacique de los *chivos*; *Grimmo*, dey los jabalies; *Forcondet*, Kan de los puercoespines; *Pancer*, sultán de los castores; *Brunel*, tribuno de los gansos; *Rearid* y *Brichemer*, barón de los ciervos; *Baudoin*, capitán de los asnos; *Guter*, preboste de las liebres; *Bertilienne*, dama de las cabras, y una multitud de otros potentados. Todos los *grandes* y todos los súbditos de *ciertas clases*, estaban representados. Pero había las razas sin derechos, como el pato, el ratón, el cerdo y varios otros, especies de *ilotas* á quienes era permitido comer.

Trigaudin el *Zorro* fué el único de los señores que no se presentó. Hacia mucho tiempo, había *jugado* á varios *partidas sangrientas*, por las que *temía quejas*. Las acusaciones dirigidas contra él, fueron tan numerosas, desde el primer día, que no hubiera tenido en la asamblea mas que adversarios, si el Tejon, su sobrino y amigo, no le *hubiere* defendido. El *Lobo*, á quien los modernos llaman *Gloton* y los antiguos *narradores Isengrin*; avanzó el primero al pié del trono y ahulló lo que sigue:

Majestad, haced justicia á un padre desgraciado; vengadme del zorro; no cansaré á *Vuestra Majestad*, con la relación de todos los *agravios* que tengo contra él; son bien conocidos. Pero ved como ha tratado á mis hijos; á dentelladas y arañazos los ha desfigurado, *pretestando* de *conformarlos* la cara; y

(1) Champ de mai: se llamaban así á las asambleas militares y políticas de los Francos; tenían lugar en los meses de marzo ó de mayo.

no ha tenido poca fortuna, que haya desaparecido mi cólera, en su guarida de *Maupertuis*. Los lobeznos tenían, en efecto, lastimoso aspecto por lo pintorreados que estaban de los arañazos del zorro.

Courtois el Perro pidió en seguida la palabra:

Poderoso monarca, ladró, yo me encontré reducido, en el invierno *que acabamos de salir*, á tal extremo *de necesidad*, que no tenía mas que una pieza de caza, para las necesidades de toda una semana. El Zorro me la robó; y durante varios días tuve que aguantar los horrores del hambre. *Trigaudín* no es el único culpable, maulló una voz que se elevó para interrumpir al querellante. Era el gato *Tybers* llamado también *Mostacho*.

Señor, continuó, saludando al rey, lo que el *Perro* acaba de *exponer*, aunque por ello no me haya querellado al principio, se ha verificado en perjuicio mío. La pieza de caza era mía; yo la había cogido de la mesa de un molinero adormecido. *Courtois* se apercibió de mi buena fortuna, y me la robó. *Isegrin* se aprovechó de este altercado del Gato y del Perro para *entrar á la carga con el Zorro*. Este es, replicó, un *facineroso* que ayudaría á despojar al mismo rey, si en el despojo le correspondiese un muslo de pollo.

El lobo, con esta insinuación, quería animar al príncipe. Pero el León permanecía impassible, como debe estar un juez, y parecía dispuesto á escuchar hasta el fin. Si los excesos con que Trigaudin se distingue diariamente, no se castigan, ahulló otra vez el Lobo, nadie en el reino estará en seguridad.

El León se contentó con decir: Tiene defensor el acusado? La reina Leona estaba sentada al lado de su esposo; la expresión de sus *rasgos* no reflejaba en nada su opinión personal. El *Tejón*, sobrino del Zorro, usó de la palabra.

No sienta bien al Lobo, dijo, venir aquí á acusar á mi tío. Si nuestro poderoso monarca ordenase que, el que haya ofendido mas al otro, fuese ahorcado en el primer arbol, no sé lo que le sucedería al acusador.....

El rey León, en consejo, abrió deliberación sobre el procedimiento que debía *incoarse* contra el Zorro. Se resolvió que se le *requiriese á comparecer* ante la *asamblea*, y que se le citase personalmente. Pero, para tan delicada misión, era preciso un mensajero muy habil. El monarca avisó á un personaje que pasaba por experto en negocios, y que reunía, según de-

cian, la prudencia y la fuerza. Se agregaba también que era respetado por *Trigaudin*; aunque tenía un *inconveniente* porque era un poco vanidado. Este personaje era *Bruyn*, á quien los narradores franceses llaman *Grosbrun* el Oso.....

LECCIÓN 37.^a

Muerte de Rolando (página 239)

Rolando vé á Olivier lívido y sin color, la sangre chorreando de su cuerpo. *Al ver esto*, se siente desfallecer y se desmaya sobre su caballo. Olivier no le ha apercibido. Ha perdido tanta sangre que *su vista* está turbada. No vé ni de lejos ni de cerca. Su brazo, *siempre dispuesto á herir*, blande aún su *Hauteclaire*, y descarga un golpe en la cabeza de Rolando. Rajó el casco hasta las narices, pero no tocó á la cabeza. A este golpe, Rolando le mira, y le *dice* con dulzura: Compañero mío, lo has hecho *adrede*? Soy yo, Rolando, tu mas querido amigo. Y que yo sepa, no me has desafiado! Te oigo, conozco tu voz, dijo Olivier, pero no te veo! Si te he herido, amigo, perdóname! No me has hecho mal, te perdono, amigo, aquí y delante de Dios. A esta palabra se inclinaron el uno hácia el otro y con este cariñoso *adios* se separaron para siempre!

Rolando no pudo separarse del cuerpo de su amigo tendido sin vida en el suelo; le contempla, le llora y le recuerda en alta voz tantos días como pasaron juntos en perfecta amistad. Olivier muerto, que peso tan grande es la vida para él....! Pero á su vez, Rolando siente que la muerte se apodera de él. Ruega á Dios por sus *pares* y le suplica les *acoja en su seno*; pídele para si mismo é invoca al santo Angel Gabriel. Cojiendo con una mano el *cuerno*, del que no quiere separarse, y con la otra á *Durandal*, trepa á una eminencia *enfrente* de España, y en un trigo verde, bajo un árbol se deja caer..... En una roca *próxima* descarga diez golpes con su *Durandal*. Quisiera *romper* aquella valiente espada! Qué duelo y que dolor, dejársela á los paganos! Qué Dios se digne librar de esta vergüenza á la Francia! A los golpes el acero rechina y no se rompe. Rolando golpea nuevamente en una roca de *agata*; no hace la menor mella en el acero; *sigue dando tajos*, la roca vuela *deshecha*, la espada resiste. Ah! santa María! esclama; *Ayúda-*

me! Durandal mía! cuán bien reluces con este brillante sol! tu tan hermosa y tan santa; *dádiva* que Carlos me hizo por *mandato de Dios mismo*; por *tí* le conquisté Bretaña y Normandía, *Maine* y *Poitou*, Aquitaina, Romaña, Flandes, Babiera, Alemania, Polonia, Constantinopla, Sajonia, Irlanda, Inglaterra! Estuviste mucho tiempo en manos de un valiente; ¿caerás en poder de un cobarde? Ah! santa Durandal, en tu dorada guarnición ¡cuántas reliquias piadosas! un diente de san Pedro, sangre de San Basilio, cabellos de Monseñor san Dionisio, un trozo del vestido de la Virgen María! ¿Será posible que te posea un pagano? *Tu solo puedes ser de un cristiano valiente.*

A estas palabras la muerte le sorprende y se apodera de su corazón. Se estiende sobre la verde *hierba*; pone debajo de él su espada y su querido *olifan*; después, volviendo el rostro hácia la gente sarracena, para que Carlos y los suyos digan, al encontrarle allí, que ha muerto como un conquistador, se *hiere* en el pecho y pide á Dios misericordia. De muchas cosas se le *agolpan* los recuerdos; de tantos hermosos combates, de su *adorada* patria, de las *personas* de su linage, de Carlos, su señor, que le ha *criado*; y, hasta de *sí mismo* LE LLENA su pensamiento. ¡Dios mío! nuestro verdadero padre, tu que jamás mientes, que sacaste á Lázaro de entre los muertos y á Daniel del lago de los Leones, salva mi alma; *perdóname* los pecados que he hecho en mi vida! Diciendo esto, *la* cabeza apoyada en el brazo, con la mano derecha *tiende á Dios su guante*; san Gabriel le *recoje*: después Dios envía á su angel querubín y á san Miguel *del peligro*; estos y Gabriel, conducen el alma del conde al *Paraíso*.

LECCIÓN 38.^a

Juramento de Strasburgo (*página 246*)

Por el amor de Dios y por nuestra común salvación y la del pueblo cristiano, de aquí en adelante, en tanto que Dios me dé saber y poder, sostendré á mi hermano Carlos, aquí presente, ayudándole, y en cualquiera cosa, como es justo que se sostenga á un hermano, en tanto que él haga *lo mismo con-*

*mi*go, y no haré jamás con Lotario tratado alguno que, por mi voluntad, sea perjudicial á mi hermano Carlos.

Sirvente (página 246)

He visto el río Jordán, he visto el santo Sepulcro, y os doy gracias, señor, de haberme colmado de alegría, al mostrarme el lugar adonde recibisteis la vida. Concédenos ahora una buena mar, un buen viento, un buen barco, un buen piloto. Todo mi deseo es volver á ver las torres de Marsella. Adios Suéz, Acre y Trípoli; adios Hospitalarios y *guardadores del Templo*. El mundo va en decadencia. Había buenos reyes y buenos *jeffes* en Ricardo de Inglaterra, en Felipe de Francia. Monferrat tenía un buen marqués, y el imperio un glorioso emperador. Mas, ¿quién sabe como se condujeron los que ocupan hoy sus puestos? Ah! Señor Dios, si me creéis, *deberiais mirar bien* á quien dáis los imperios, los reinos, los castillos y las torres; porque cuanto mas poderosos son los hombres, menos os veneran. No he visto yo al emperador *hacer un juramento* y en seguida perjurar? A vos, emperador, Damietta os espera, y la Torre Blanca llora vuestra águila, arrojada de allí por un buitre. ¡Qué cobarde es el águila que se deja vencer por semejante ave! La gloria del soldan os llena de vergüenza, y vuestro deshonor *acarrea* nuestra ruína con la de la cristiandad.

Napoleón á sus soldados (página 247)

Soldados! estoy contento de vosotros; en la batalla de Austerlitz habeis justificado lo que esperaba; habeis *dado* á vuestras *águilas* gloria inmortal; una armada de cien mil hombres, mandada por los emperadores de Rusia y de Austria, ha sido, en menos de cuatro horas, *desecha* ó dispersa; lo que escapó á vuestro *ardor*, se ha ahogado en los dos lagos.....

¡Soldados! Cuando el pueblo francés colocó en mi cabeza la corona imperial, me confié en vosotros para mantenerla siempre en este alto resplandor de gloria que solo podía darle valor á mis ojos; pero, en el mismo momento, nuestros enemigos, pensaban en destruirla y en envilecerla, y esta corona de hierro, conquistada con la sangre de tantos franceses, querían obligarme á colocarla en la cabeza de nuestros mas crueles enemigos: proyectos temerarios é insensatos, que, el mismo día del aniversario de vuestro emperador, habeis aniquilado y

confundido. Los habeis enseñado que es mas facil *desafiarnos* y amenazarnos que vencernos.

¡Soldados! Cuando todo lo que es necesario para asegurar la dicha y la prosperidad de nuestra patria, se haya cumplido; os llevaré á Francia. Allí, sereis objeto de mis cariñosas solicitudes. Mi pueblo os verá con alegría, y, os será suficiente decir «YO ESTABA EN LA BATALLA DE AUSTERLITZ, para que os contesten: HE AHÍ UN VALIENTE.

LECCIÓN 39.^a

Pensamientos de Pascal (página 254)

Todo este mundo visible, no es mas que un *rasgo* imperceptible en el amplio seno de la naturaleza. Ninguna idea se aproxima á él. Por mas que *llevemos* nuestras concepciones mas allá de los espacios imaginables; no producimos mas que átomos *comparados* con la realidad de las cosas. Es una esfera infinita cuyo centro está en todas partes, la circunferencia en ninguna. En fin, es el mas grande carácter sensible del poder infinito de Dios, el que nuestra imaginación se pierda en ese pensamiento. Que el hombre, *pensando en si*, considere lo que es, *en comparación de lo que existe*; que se mire como extraviado en *ese cantón* apartado de la naturaleza, y que de ese *pequeño calabozo en que está alojado*, (oigo al universo) aprenda á estimar la tierra, los reinos, las ciudades y á sí mismo en *su justo valor*. ¿Qué es el hombre en lo infinito?.....

.....A pesar de tener á la vista todas las miserias que nos enternecen y que nos *ahogan*, tenemos un instinto que no podemos reprimir y que nos eleva. La grandeza del hombre es tan visible, que *se destaca* hasta de su miseria. Porque lo que es naturaleza en los animales, lo llamamos miseria en el hombre, *por esto* reconocemos que su naturaleza siendo hoy parecida á la de los animales; ha dejenerado de otra mejor que, *en otros tiempos*, le era propia. *Nadie se cree desgraciado por no ser rey, sino por ser un rey desposeído*. ¿Se creía á Pablo-Emilio desgraciado por no ser ya consul? Al contrario, todo el mundo le creía feliz por haberlo sido; porque su condición no era de serlo siempre. *Por el contrario*, á Perseo se le creía tan desgraciado por no ser rey, que parecía cosa extraña que so-

portase la vida; porque su condición era de serlo siempre. Quién se cree desgraciado por no tener mas que una boca? y quien no se lo creería al no tener mas que un ojo? Nadie se aflige por no tener tres ojos; pero uno está inconsolable no teniendo ninguno. La grandeza del hombre es *grande en cuanto se conoce* miserable. Un arbol no se conoce miserable. Es pues ser miserable el conocerse miserable; pero es ser grande el conocer que uno es miserable. Todas esas miserias mismas, prueban su grandeza. Son miserias de gran señor, miserias de rey desposeído.....

.....El hombre no es mas que una caña, la mas débil de la naturaleza; pero es una caña *pensadora*. No es necesario que el universo entero se arme para aplastarle. Un vapor, una gota de agua es suficiente para matarle. Pero si el universo le aplastase, el hombre sería aún mas noble que lo que le *destruye*, porque sabe que muere, y la ventaja que tiene el universo sobre él, es que el universo no sabe nada. De modo que, toda nuestra dignidad consiste en el *pensamiento*; luego por el pensamiento necesitamos realzarnos, no del espacio y de la duración que no podríamos *ocupar*.

LECCIÓN 40.^a

Cartas (página 260)

La señora de Maintenon al señor duque de Noailles

Tengo que contestar á Vd. á dos cartas, mi querido duque, una del 11 y la otra del 17, y ambas tan tristes como conviene á nuestro estado presente. Yo no podría soportarle, si no *considerase su origen y si no reflexionase* que los hombres no son más que instrumentos que Dios maneja para aflijir un reino demasiado feliz, y para humillar á un rey demasiado grande. No hay necesidad de razonar con el *Director* de los sucesos, al decir que, los reyes que *parece abandonar*, son piadosos y que nuestros enemigos, en su mayor parte, son herejes.

Dios no debe darnos cuenta de su conducta; ciertísimo que es justo, y en medio de su cólera, lleno de bondad.

Por otra parte, las opiniones no toman las ciudades ó ganan las batallas. Nuestros enemigos están llenos de prudencia

y de habilidad; nuestros jenerales son *inhábiles* y nuestros soldados están *desalentados*. He ahí, mi querido sobrino, puesto que *tu* amistad por mí *te* hace *querer* este nombre, lo que yo pienso *de* eso que san Francisco de Sales llama: LA FINA PUNTA DEL INGENIO, mientras que, el resto de lo que en mí es, está en la tristeza, en el abatimiento y en una opresión de corazón que debería *cuanto antes* terminar esta miserable y *ya* larga vida: precisamente desde ese tiempo me encuentro mejor. El rey goza de perfecta salud. El mismo ánimo, la misma sumisión á la voluntad del que dispone de los imperios; siempre desgraciado y haciendo siempre cuanto es necesario para no serlo. Nuestro amigo el señor Chamillard está agobiado de trabajo y *transido* de dolor.

Los castellanos dan grandes muestras de fidelidad. Me parece que el rey de España está resuelto á dar una batalla tan pronto como nuestras tropas estén junto á las suyas. No creo que se pueda ver ocasión más decisiva. En ello va la suerte de España, y, si España se pierde, ¡qué pérdida para Francia! Los negocios no toman buen *jiro* en Italia y tiemblo por el éxito de Turín. El señor de *Vendôme* no puede ser bastante elogiado: tiene mil cosas *sobre sí*; pero cree facilmente lo que desea. *Hablando de otra cosa*, esperamos la flota inglesa. Nos dijeron ayer que estaba *en alta mar*; y, *acaso* esta tarde sabré, al llegar á Marly, que *se aproxima á Francia*. Las noticias de Flandes aseguran que los enemigos sitiaban á *Menin*. El rey, que representa bastante el estado de Job, recibió sus tres correos á la vez; Dios le da *muchas* aflicciones *al mismo tiempo* que *mucha* paciencia.

LECCIÓN 41.^a

Correspondencia (página 270)

La señora de Sevigné á la señora de Grignan

Pienso siempre, hija mía, en el *asombro* y en el dolor que *tendrás* por la muerte de *Turena*. El cardenal de *Bouillon* está inconsolable; supo esta noticia por el señor de Louvigny, un gentil hombre que quiso ser el primero *en darle el pésame*; volvía el cardenal de *Pontoise* á *Versalles* y aquel detuvo su carruaje: el cardenal no comprendió nada *de lo que* le decía,

Al apercibirse el gentilhombre de que el cardenal no sabía nada; *desaparece á toda prisa*, el cardenal manda correr detrás y supo así *esa terrible desgracia*. El cardenal se desmayó y le llevaron á Pontoise, donde ha estado dos días sin comer, *anegado en llanto y en un continuo lamento.....*

Todo París parece muy conmovido por esta gran muerte. Esperamos transidos de dolor al correo de Alemania; *Montecuculli*, que se iba, volverá en seguida, y pretenderá aprovecharse de esta coyuntura. Se dice que los soldados *daban unos gritos* que se oían á dos leguas; ninguna consideración podía retenerlos; gritaban que los llevasen al combate: que querían vengar la muerte de su padre, de su jeneral, de su protector, de su defensor; que con él no temían nada, pero que vengarían su muerte; que los dejasen *obrar*, que estaban furiosos y que los llevasen *á combatir*. *Esto lo ha dicho* un gentilhombre, *afecto á Turena*, que ha venido para hablar con el rey; *al referir* lo que te digo, y los detalles de la muerte de su señor, estaba bañado por las lágrimas. *Mr. de Turena* fué herido *de parte á parte* del cuerpo; *figúrate como caería del caballo y como moriría*. Sin embargo, un soplo de ánimo le hizo arrastrarse un paso y *apretar convulsivamente* la mano; después cubrieron su cuerpo con una capa. *Boisguyot*, así se llama este gentilhombre, no le abandonó hasta que le llevaron, sin ruido, á la casa mas próxima. *Mr. de Lorges* estaba á mas de media legua de allí; *juzga* de su desesperación; este es quien lo pierde todo, y quien queda encargado del cuidado de la armada y de todos los sucesos, hasta la llegada del príncipe, que *tardará ventidos días en llegar*. En cuanto á mi, pienso mil veces al día en el caballero de Grignan; y me figuro que no podrá soportar esta pérdida sin perder la razón. Todos los que quería Turena son *dignos de compasión.....* A Dios, querida mía, te amo tan apasionadamente que no creo sea posible *amar mas*.

El rey Jorge á Fernando VII, prisionero (página 272)

Mi querido hermano:

Hace mucho tiempo que busco la ocasión de remitir á Vuestra Majestad una carta firmada *por* mi propia mano. Creed que aprovecho hoy la primera ocasión para expresar los sentimientos del vivo interés que me anima por el bien de vuestro reino.

Suplico á Vuestra Majestad no dude de mi verdadera amistad y del mas invariable afecto, con que soy.

Señor hermano mío:

Vuestro buen hermano

Jorge.

Londres 13 de enero de 1810.

*
**

Napoleón I á Fernando VII, prisionero (página 272)

Primo mío:

El estado de mi imperio y mi política me obligan á terminar sin rodeos los asuntos de España. Deseo no dejar ningún pretesto á la ambición de Inglaterra. El señor conde de la Forêt se presentará á Vuestra Alteza Real (de incógnito) con un nombre supuesto. *Podeis creer cuanto os diga*, lo mismo que en la estimación y el afecto que he consagrado á Vuestra Alteza Real y con las cuales, yo soy

Primo mío:

de Vuestra Alteza Real
el mas afectuoso primo

NAPOLEÓN.

*
**

Un bibliotecario á un Principe (página 273)

Serenísimo Señor:

Tengo el honor de remitir á Vuestra Alteza Serenísima una carta que le informará de mi apresuramiento en hacer á V. A. mi corte.

Me atrevo á esperar de V. A. una audiencia con el fin de someter á su aprobación los catálogos de las obras nuevas, con que desea V. A. enriquecer su biblioteca.

En esta *esperanza*, soy, con el mas profundo respeto,

de Vuestra Alteza Serenísima:

Gran señor,

el mas humilde y más afectísimo servidor

Ducros.

Tolosa á 4 de mayo de 1859.

*
**

El Ministro á un pretendiente

París á 5 de marzo de 1859.

Muy señor mío:

Tengo el honor de acusar á Vd. recibo de sus cartas del 23 de septiembre y 29 de diciembre últimos, referentes á la reclamación del empleo de Vd. y al memorial dirigido al Emperador.

Su Majestad, después de haber deliberado con sus ministros, me encarga participe á Vd. que no puede acceder á sus deseos.

Recibid, señor, la seguridad de mi perfecta consideración.

El Presidente del Consejo de Ministros,

Dupont.

LECCIÓN 42.^a

Carta de Fénelon á la Academia Francesa

De la perfección del gusto (página 280)

.....El gusto exquisito, teme el *exceso* en todo, sin exceptuar al ingenio mismo. El ingenio cansa mucho, cuando *se le prodiga* con afectación. *El alcance del verdadero ingenio* consiste en saber *cercenar* para amoldarse al de la multitud, *allanándola* el camino. Los poetas de *mas vuelos*, jenio, extensión de pensamientos y fecundidad son los que deben temer mas el escollo *del exceso* de ingenio. Se dirá que eso es un hermoso defecto, un defecto raro ó maravilloso.

.....Convengo en ello; pero es un verdadero defecto, y de los mas difíciles de corregir. Se gana mucho al perder todos los adornos supérfluos para limitarse á las bellezas sencillas, fáciles, claras y descuidadas en apariencia. En poesía, como en la arquitectura, es preciso que todas las *partes* necesarias se conviertan en ornamentos naturales. *Pero* téngase presente que todo ornamento, *que solo es ornamento*, es supérfluo; suprimidlo, y *nada se echa de menos*, solo la vanidad se *menoscaba*.

Un autor que tiene demasiado *ingenio*, si siempre quiere *demostrarlo*, cansa y agota el mío; no quiero tener tanto. Si

mostrase menos, me dejaría respirar y me daría mas placer: me tiene en *demasiada tensión* y la lectura de sus versos se me convierte en un estudio; tanto brillo me deslumbra: Yo busco una luz suave, que deleite mi debil ^evista. Yo pido un poeta amable, proporcionado á la jeneralidad de los hombres, que lo haga todo para ellos y nada para él. Quiero un sublime tan familiar, grato y sencillo que, cada cual esté tentado, desde luego, á creer que le hubiere encontrado sin pena; aunque pocos hombres sean capaces de encontrarle. *Prefiero lo agradable á lo sorprendente y maravilloso. Deseo un hombre que me haga olvidar que es autor* y que se ponga *lisa y llanamente* en conversacion conmigo. *Quiero que describa á un labrador lleno de temor por sus mieses, á un pastor que no conozca mas que su pueblo y su rebaño, á una nodriza llena de ternuras para el niño que amamanta; yo quiero que me haga pensar, no en él, ni en su hermoso ingenio; sino en los pastores á quienes hace hablar.*

Oh! Cuanta grandeza hay *en rebajarse así* para dar *proporciones* á todo lo que se describe y para *alcanzar* todos los diversos caracteres! ¡Cuán por encima está el hombre de lo que se llama ingenio, cuando no teme ocultar una parte! Para que una obra sea verdaderamente hermosa, es preciso que el autor no se *refleje* en ella y que me permita olvidarle.

LECCIÓN 43.^a

Carta de Racine á su hijo (*página 286*)

París á 21 de julio de 1698.

Fué para mi una agradable aparición, el ver entrar al señor de Bonnac en mi gabinete; pero mi alegría se cambió bien pronto en pena, cuando le ví resuelto á no *hospedarse* en mi casa, y á rehusar el cuartito que mi mujer y yo le rogamos que aceptase. Al día siguiente reiteramos nuestras instancias, y llegué hasta á amenazarle con mandarle ir á *alojarte* á la posada del *Haya*. Se disculpó diciendo que estaría muy lejos del *barrio* del señor de Torcy, en casa de quien tenía que encontrarse *en hora precisa*, cuando llegase á París. *Fueme preciso conformarme, á pesar mio*, con estas razones; y puedes estar seguro que mi mujer *lo ha sentido, al menos, tanto como yo:*

Ya sabes cuan agradecida es y que corazón tiene. No hay cosa en el mundo que ella no hiciese para *demostrar* al señor *Bonrepeaux* su agradecimiento por las bondades que tiene contigo. Está encantada, como yó, del Sr. Bonnac, y de sus distinguidas maneras, *rebosando honradez* y cortesía. Ella se colmará de alegría si tu llegas á semejarle y si *adquieres* la distinción y las maneras que tanto admiras en él. Nos da grandes esperanzas *en cuanto á tí se relaciona*; y tu eres muy dichoso con tener en él un amigo de *tan buena voluntad para tí*. Si no te adula, si las *relaciones* que de tí nos hace son sinceras, tenemos que dar al buen Dios *infinitas* gracias; pues esperamos que llegarás á ser nuestro gran consuelo. Nos asegura que *te gusta* el trabajo, que el paseo y la lectura son tus mayores diversiones, y, sobre todo, la conversación del señor embajador, que la prefieres, con razón, á todos los placeres del mundo; tal la he encontrado yo al menos, y, no solamente yo, sino todas las personas que hay aquí de mas ingenio y de mejor gusto.

No me he atrevido á preguntarle si piensas un poco en el buen Dios; he tenido miedo que la respuesta no fuese tal como yo la deseaba; pero en fin, yo quiero *lisonjearme* que haciendo *lo posible* para llegar á ser un honrado y perfecto hombre, concebirás que no se puede serlo sin dar á Dios lo que se le debe. *Tu* conoces la religión, y yo puedo *añadir* que la conoces hermosa y noble, como es; de modo que no es posible que no la ames. Perdona si algunas veces *te hablo de este asunto*; *tu sabes bien cuanto me interesa*; y puedo asegurarte, que cuanto *mas viejo* soy, mas encuentro que no hay nada tan *grato* en el mundo como el reposo de la conciencia y el mirar á Dios como á un padre que jamás nos abandonará en nuestras necesidades. El señor Despréaux, á quien tanto quieres, *abunda* mas que nunca en estos sentimientos, sobre todo desde que ha hecho su *Amor de Dios*; y puedo asegurarte que está muy persuadido de las verdades con que ha querido persuadir á los demás.

Algunas veces encuentras demasiado cortas mis cartas; pero temo mucho que encuentres esta demasiado larga.

LECCIÓN 44.^a

Carta de Balzac á Conrart (página 295)

Muy señor mío:

Ya se acuerda Vd. de aquella galera de Athenas que se empleaba solamente en las *apremiantes* necesidades de la república y, en grandes é importantes ocasiones, como Vd. diría, á *conducir* embajadores á Delphas para consultar al oráculo de Apolo. No hubiere sido profanar aquella galera sagrada, el cargarla de leña, de piedra, de paja ó de heno, ó el hacerla servir para otras necesidades particulares? Esto es lo que hacemos *vuestros* solicitantes y yo; *le hacemos á Vd. servirnos en todas las cosas y todos los días*. Incesantemente abusamos de su bondad, y Vd. siempre está á la *disposición del primero que llega*. Qué más? Vd. es el esclavo de mil amos. *Mas soy de parecer* que debo empezar por ser el primero en tener alguna discreción y *serle á Vd. menos gravoso*. Quiero dar buen ejemplo á *tantos como os inoportunan*; y aunque yo tenga *increíble cariño* á mi *Aristippe*; temiendo turbar el reposo de Vd., no se le recomiendo á sus cuidados.

Si se imprime, abandónele Vd. á la ignorancia y á la negligencia de los impresores. Prefiero que tenga una errata tan grande como él, á que no tenga una línea que me hiera la vista; prefiero que no se imprima, á que su impresión dé á Vd. tanto trabajo como la de *Sócrates*. Lo digo, mi querido señor, sin exajeración; es ciertísimo que mi *Aristippe* es mi *bien-amado*, la delicia de mis ojos y el consuelo de mi vejez. Le he hecho y rehecho una docena de veces; en él he empleado todo mi ingenio, todo el de los demás. He ahí *palabras excelentes*; pero después de tan *hermosas* palabras, después de tantas *vigilias* y de tanto trabajo, yo sería bien *burlado*, si el mundo hiciese poco caso de esas *vigilias* y de ese trabajo. El mundo es bastante malicioso para eso.....

Carta de Voltaire á Thériot (página 296)

En las Delicias á 24 de marzo de 1755.

No he escrito á V., mi antiguo amigo, desde hace mucho tiempo; me he hecho albañil, carpintero, jardinero: toda mi

casa está *patas arriba*, y á pesar de todos mis esfuerzos, no tendré á donde alojar como quisiera, á todos mis amigos. Nada estará *listo* para el mes de mayo; será absolutamente necesario que pasemos dos meses en Prangins, con la señora de Fontaine, antes que mis *Delicias* puedan habitarse. Estas *Delicias* son ahora mi tormento. Estamos ocupados la señora *Dénis* y yo, en hacer construir *alojamiento* para nuestros amigos y para nuestras gallinas. *Mandamos* hacer carrozas y *carricoches*; plantamos naranjas y cebollas; tulipanes y zanahorias; carecemos de todo; es preciso fundar á Cartago.

Mi territorio no es mucho mayor que el de ese cuero de buey que *concedieron* á la fujitiva Dido. Pero no le agrandaré del mismo modo. Mi casa está en territorio de Ginebra y mi prado en el de Francia. Cierto es que tengo al otro extremo del lago una casa que está *enclavada* en Suiza; está tambien edificada un poco á la suiza. La estoy arreglando al mismo tiempo que mis *Delicias*; será mi palacio de invierno; y, la *caña* donde estoy ahora será mi palacio de verano.

Prangins es un verdadero palacio; pero el arquitecto de Prangins ha olvidado hacer jardín y el arquitecto de las *Delicias* ha olvidado de hacer allí una casa..... No he encontrado aquí mas que saloncitos, galerías y graneros: ni un ropero siquiera. Es tambien difícil de hacer alguna cosa en esta casa, que no sean libros y *piezas* para el teatro de las que nos dan hoy.....

Reciba Vd. un cariñoso abrazo *y termino* asegurándole que me interesa Vd. mas que todas esas necedades de París, que tan seriamente *entretienen* á la mitad del mundo.

LECCIÓN 45.^a

Correspondencia comercial (página 303)

Marsella á 30 de diciembre de 1890.

Señor D. Carlos Dubois.

Burdeos.

Muy señor mío:

Ocupándome hace muchos años en los negocios de banca y *cobros* en la provincia; me *atrevo*, señor, á ofrecer á Vd. mis

servicios para la colocación de valores que tenga Vd. que negociar en todo Francia. Incluyo á Vd. tarifa de cobros, cuya economía en los precios, decidirá á Vd., según espero, á remitirme frecuentes *encargos*; á vuelta de correo será Vd. *servido*.

Con este motivo tiene el gusto de *ponerme á sus órdenes* su affmo. s. s. q. b. s. m.

*
**

Lyón á 14 de septiembre de 1889.

Señor D. Luis Verdier (*página 304*)

Nimes.

Muy señor mío:

Somos en posesión de su circular del 1.º de diciembre.

Hemos tomado buena nota de la firma de Vd. para, en caso de necesidad, hacer uso de los servicios que ha tenido á bien hacernos.

No deseamos otra cosa, señor, que *ser corresponsales* de la casa de Vd.; nuestra plaza ofrece, como Vd. lo sabe, una salida considerable para todas las producciones *de esa comarca*, y especialmente para los aceites, muy *solicitados* aquí, y obtienen precios elevados.

Estamos casi ciertos de colocar una veintena de toneles al precio de..... que es la cotización del momento. *Suponemos* que este precio le será ventajoso para enviarnos una partida.

Con el fin de que pueda Vd. conocer exactamente los gastos, incluimos á Vd. una cuenta de venta simulada. Adjuntamos á Vd. nota de precios corrientes de nuestros artículos.

Deseamos, señor, que esta proposición le parezca á usted una ocasión favorable para empezar nuestras relaciones; nada olvidaremos para activarlas progresivamente.

Enteramente á sus órdenes, tienen el gusto de repetirse sus muy affmos. s. s.

q. s. m. b.

Juan Denis é Hijo.

*
**

Burdeos á 4 de septiembre de 1898.

Señores Pedro Petit y Comp.^a

Poitiers (página 305)

Muy señores nuestros:

Somos en posesión *de su favorecida del 10 de agosto* últi-

mo, y rogamos á Vds. acepten, ante todo, nuestras mas expresivas gracias por los *agradables* ofrecimientos de servicios que han tenido á bien hacernos.

Tendremos un gran placer, estad de ello convencidos, en aprovechar sus ofrecimientos; recurriremos á Vds. tan pronto como se nos presente la ocasión.

En este momento, sin embargo, la *paralización continua* de los negocios en banca, nos *impide* empezar nuestras relaciones; pues nos encontramos frecuentemente embarazados para sostener las numerosas relaciones que tenemos desde hace muchos años en nuestra *plaza*, y no encontraríamos elementos para aumentar otras nuevas.

Esperamos que este estado de cosas cambiará muy pronto, y, que, entonces, nos encontraremos en condiciones de demostrar á Vds. nuestra diligencia para hacer uso de vuestros servicios.

Entretanto tenemos el gusto de ofrecer á Vds., á nuestra vez, los nuestros; y de asegurarles *que se los ofrecemos* sin reserva.

Tenemos el gusto de saludar á Vds. y de reiterarnos sus mas affmos. s. s. q. b. s. m.

Rondeau Cette & C.^a

*

**

Londres á 25 de enero de 1897 (*página 305*)

Muy señor nuestro:

Tengo el honor de dar á Vd. aviso que acabo de jirar contra Vd. una letra, de doscientos veinte francos, á la vista y á la orden del señor Veyga.

Espero que Vd. me honrará recojiéndola y le suplico me cargue en cuenta su *montante*.

Con este motivo, tengo el honor de repetirme su muy afectísimo s. s. q. b. s. m.

Agréla.

*

**

Madrid 29 agosto de 1898.

Sr. D. A. M. Somellera.

Valladolid (*página 306*)

Muy señor mío: *necesitando pasar á Francia* para asuntos

del comercio; *me atrevo* á suplicar á Vd. tenga la bondad de darme algunas cartas de recomendación para vuestras numerosas relaciones. Como no me es posible detenerme en el camino, las tomaré á *mi paso por esa* el martes por la noche.

En esta espera, tiene el honor de repetirse su muy afectísimo s. s. q. b. s. m.

Crespo.

*
* *

París á 20 de enero de 1898.

Sr. D. Eduardo Ortega.

Marsella (*página 306*)

Muy señor mío:

Según noticias, acaba Vd. de recibir una gran *remesa* de mercancías. Desearía que me remitiese Vd. algunas muestras de lo mas bonito y de *última moda*.

Espero que me pondrá Vd. todo, *lo mas barato posible*, de modo que no tendré nada que decir sobre los precios.

En la espera de una pronta respuesta, tiene el gusto de repetirse etc. etc.

*
* *

Caen á 16 de febrero de 1897.

Sr. D. Casimiro du Pout.

Bayona.

Muy señor mío: Tenemos el honor de participar á V. que nuestro socio D. Baltasar Garin, deseando *dejar* los negocios, se retira, desde esta fecha, de nuestra casa.

Su *ausencia*, si bien nos deja el vivo sentimiento de privarnos de su cooperación y de su intelijencia, no cambiará en nada nuestros negocios, ni la amistad que siempre nos ha unido.

Con este motivo reiteramos á Vd. la seguridad de nuestra consideración y nos repetimos, etc. etc.

*
* *

Sevilla á 17 de marzo de 1897 (*página 307*)

Sr. D. José Nadales.

Muy señor mío:

He esperado, mucho tiempo y en vano, para reconocer la

calidad del vino del envío que me han hecho por cuenta de Vd. Del exámen hecho, resulta:

Los vinos tienen bastante buen gusto, pero espuman débilmente, y una gran parte no están *claros*, aunque no sean expedidos hasta después de una quincena de días; puede Vd. juzgar como estarán dentro de un mes.

El defecto de limpidez es, Vd. lo sabe como yo, *de tal importancia* para el *champagne*, que se hace imposible la venta. En consecuencia, me atrevo á proponer á Vd. lo siguiente:

Se desembalarán vuestros *champagnes*, se pondrán en *fla* y quince días después, tomaré todas las botellas que estén límpidas. Como, sin duda ninguna, Vd. ha querido servirme bien y obrar lealmente con migo; creo que Vd. consentirá en mi proposición. Esperando, no he creído conveniente pagar el *efecto* que vuestro expedidor ha jirado contra mí; primero porque lo ha verificado mas pronto del plazo convenido y antes de la recepción de las mercancías; en *segundo lugar*, sin tener autorización mía; y, últimamente en *oposición* á nuestros particulares convenios.

Enojosas son estas dificultades; pero la falta de todo es de su expedidor de Vd. por enviar mercancías defectuosas.

En la espera de su contestación, tiene el gusto de repetirse etc.

*
**

Zamora á 13 de abril de 1898.

Sres. Gardin & Lamaiguère.

Paris (*página 307*)

Somos en posesión de su carta 10 *de los corrientes* con factura de las mercaderías que nos han expedido Vdes; cuyo importe de Francs: 7843 acreditamos á Vdes.

Incluimos á Vds. en esta carta

Francs: 2000,65 vencidos.
2240,75 al 15 de mayo.
1348,90 á la vista.
2252,70 á 10 días vista.

En junto; Francs: 7843 cuya cantidad cargamos á usted en cuenta.

Suplicamos aviso de recepción.

En espera de sus noticias, se repiten etc. etc.

ADVERTENCIA

La poesía francesa tiene muchas dificultades para traducirla fielmente á la Lengua Castellana; en primer lugar, un verso francés puede resultar con dos ó tres sílabas de mas ó de menos en un idioma que en otro; en segundo lugar: la consonancia, y hasta la asonancia, para representar bien la idea del autor francés, impondrían un trabajo superior á nuestras fuerzas; y, por último: como las Musas no han tenido ni tienen con nosotros las mas *superficiales relaciones*, es seguro que de los hermosos pensamientos, tan bien desenvueltos y medidos en francés por sus autores, solo haríamos unas malas *aleluyas*.

Y, además, como nuestra misión, al hacer las traducciones, tiene por objeto el evitar á los alumnos el inmenso trabajo de *diccionario*, creemos suficientemente cumplida nuestra misión, dando la *traducción literal* de las palabras de cada verso; con ellas, el que tenga génio poético, podrá desenvolver sus iniciativas y sus aficciones cuando haya terminado *completamente* el estudio del método; antes de ningún modo.

Solo modificaremos la traducción especial de algunas palabras; lo que indicaremos dándolas en distinto caracter tipográfico.

LECCIÓN 46.^a

POESÍAS

El anjel y el niño (página 317)

Un anjel de radiante rostro,
Inclinado sobre el borde de una cuna,
Parecía contemplar su imajen
Como en la onda de un arroyo.
Encantador niño que me semejas,
Decía él, oh! ven con migo.
Ven, seremos dichosos juntos;
La tierra es indigna de tí.
Allí jamás es entera la alegría;
El alma allí sufre con sus placeres.

Los gritos de alegría tienen su tristeza,
Y las voluptuosidades sus suspiros.
El temor está en todas las fiestas;
Jamás un día *de calma y sereno*
Del choque tenebroso de las tempestades,
No ha garantido el siguiente día.
Allí ¡ay! los disgustos, las alarmas
Vendrían á turbar esa frente tan pura!
Y la amargura de las lágrimas
Empañarían esos ojos de azul!
No; no, á los campos del espacio
Con migo vas á volar:
La Providencia te *dispensa*
Los días que debías *vivir*
Que nadie en tu *casa*
Enlute sus vestidos
Que acojan tu última hora
Lo mismo que *tu nacimiento*.
Que las frentes estén sin nubes,
Que nada revele una tumba;
Cuando uno es puro como á tu edad,
El último día es el mas hermoso.
Y, sacudiendo sus blancas alas,
El anjel á estas palabras *se elevó* á las alturas.....
Pobre madre!..... Tu hijo *ha muerto*.

*
* *

El niño moribundo (página 318)

Madre mía, estoy cansado, y *va á amanecer*, (1)
En tu seno amado déjame adormecerme;
Pero ocúltame tus *lloros*, ocúltame tus alarmas.
Tristes son tus suspiros, abrasadoras son tus lágrimas.
Tengo frío. *A nuestro rededor*, mira, todo está negro;
Pero, cuando me adormezco, es una dicha el ver
Al anjel con la frente resplandeciente, que delante de mi se levanta
Y los rayos dorados que en mi sueño, todo lo bañan.
¿No oyes cánticos; cánticos armoniosos,
Como los que algun día debemos escuchar en los Cielos?

(1) Véase lo que decimos sobre estas traducciones en la advertencia de la página 65.

El anjel está á nuestro lado, me llama, *me absorve*,
Le oigo que me habla, y le veo sonreir,
Veo por todos los lados admirables colores,
Es el anjel con alas de oro que me echa flores.
En este mundo, madre mía, tendré yo también alas?
O es preciso morir, para tenerlas tan hermosas?
Porqué me *estrechas* tan tristemente en tus brazos?
Porqué esos prolongados suspiros que no comprendo?
Porqué esas ardientes lágrimas en tu mejilla inflamada?
Ah...! tu serás siempre mi madre muy amada.
Mas, te suplico otra vez, no llores así.
Si te veo sufrir, ¡ay! sufro también.
Estoy malo, y mi dolor amortece *mi vista*
Adios! el anjel me abraza; adios! pobre madre mía.

* * *

La esperanza en Dios (página 319)

.....He ahí, pues, los restos de la humana ciencia! (1)
Y después de cinco mil años *que se está siempre dudando*,
Después de tanta fatiga y perseverancia,
Ahí está la última palabra que *nos ha quedado!*
Ah! pobres insensatos, miserables cerebelos,
Que de tantos modos habeis explicado todo,
Para ir hasta los cielos, *necesitabais* alas;
Teniais el deseo, la fé os ha faltado.
Os compadezco; vuestro orgullo *parte* de un alma herida,
Sentiais los tormentos de *que mi corazón rebosa*;
Y le conociais, á ese amargo pensamiento
Que hace *temblar* al hombre al ver lo infinito.
Pues bien, oremos juntos, abjuremos la miseria
De vuestros cálculos de niños, de tantos trabajos vanos.
Ahora que vuestros cuerpos están reducidos á polvo,
Iré á arrodillarme sobre vuestras tumbas.
Venid, retóricos paganos, dueños de la ciencia,
Cristianos de los tiempos pasados, y soñadores de hoy;
Creedme, la oración es un *grito* de esperanza!
Para que Dios nos responda dirijámonos á Él.

.....

(1) Véase lo que decimos sobre estas traducciones en la advertencia de la página 65.

El mundo entero te glorifica:
El ave te canta en su nido;
Y por una gota de lluvia
Millares de seres te han bendecido.
Nada has hecho que uno no lo admire;
Nada tuyo para nosotros es perdido;
Todo ora, y tu no puedes sonreír,
Sin que nos pongamos de rodillas.

LECCIÓN 47.*

El pan seco (página 327)

Juaná estaba á pan seco en *el cuarto obscuro* (1)
Por un *delito* cualquiera, y, faltando al deber,
Fuí á ver á la proscrita en plena prevaricación,
Y la *proveí* en la sombra un *tarro* de confitura
Contrario á las leyes. Todos los que, en mi ciudad,
Descansa la salvación de la sociedad,
Se indignaron, y Juana dijo con voz dulce:
No tocaré ya mi nariz con mi pulgar
Ni me dejaré ya *arañar* por el gatito.»
Pero uno ha exclamado: Esta niña os conoce;
Sabe *hasta* que punto sois débil y cobarde,
Os ve siempre reír cuando uno se enfada.
No hay gobierno posible. A cada instante
turbais el orden; el poder se defiende.
No hay regla. El niño no tiene nada que le detenga;
Demoléis todo. Y yo he bajado la cabeza,
Y he dicho: No tengo nada que responder á eso.
No tengo razón. Si; *esas* induljencias
Han conducido siempre á los pueblos á su perdición.
Que me pongan á pan seco. Ciertamente lo mereceis,
Se os pondrá.» Juana entonces, *desde su rincón obscuro*,
Me dijo bajito, levantando sus ojos tan hermosos de ver,
Llenos de la autoridad de las *tiernas* criaturas:
Pues bien, yo iré á llevarte confituras.

*
* *

(1) Véase lo que decimos referente á estas traducciones en la advertencia de la página 65.

Las golondrinas (página 328)

Cautivo en las playas del Moro, (1)
Un guerrero *cargado de cadenas*
Decía: Os vuelvo á ver otra vez
Pájaros enemigos de los inviernos.
Golondrinas, os sigue la esperanza
Hasta en estos abrasadores climas,
Sin duda *venís* de Francia:
No me habláis de mi país?
Hace tres años que os *conjuro*
Para que me traigais un recuerdo
Del valle donde mi vida obscura
Se mecía *con un grato* porvenir
Al recodo del agua que camina
En puros raudales, bajo frescas lilas,
Habéis visto nuestra *casita*.....
¿No me habláis de ese Valle?
Alguna de vosotras acaso *nació*
Bajo el techo donde yo nací;
Allí, de una madre infortunada
Habeis debido compadecer el amor.
Moribunda, cree á todas horas
Oír el ruido de mis pasos:
Escucha, y después *llora*.....
¿No me habláis de su amor?
Mi hermana, se ha casado?
Habeis visto de nuestros mozos
La multitud convidada á la boda
celebrarla en sus canciones?
Y aquellos compañeros de la juventud,
Que me siguieron en los combates
Han vuelto á ver todos su pueblo?.....
¿No me habláis de tantos amigos?
Sobre su cuerpo acaso el extranjero
Del valle *emprende* el camino;
En mi rastrojo manda en soberano
De mi hermana turba el Himeneo.

(1) Véase lo que decimos referente á la traducción de estas poesías en la advertencia de la página 65,

Ya no tengo madre que por mi rece,
Y si, por todas partes, cadenas en este mundo.....
Golondrinas, de mi patria
No me habláis de sus desgracias?

* * *

Muerte de Juana de Arco (página 329)

Para quien se reservan esos aprestos *sangrientos*? (1)
Para quién esas teas que están *avivando*?
El bronce sagrado tiembla y se ajita.....
De dónde viene ese lúgubre ruido? Adonde corren esos guerreros
Cuyo tropel *raudaloso* rueda y se precipita?
La alegría resplandece en sus facciones;
Sin duda el honor *los* enardece
Van para un asalto á formar sus compactas filas?
Nó; esos guerreros son ingleses
Que van á ver morir á una mujer.
Qué nobles son en su ira!
Qué hermoso el insultar al brazo *cargado de cadenas*!
Al verla sin defensa, gritan esos valientes:
Qué muera! ha suscitado contra nosotros
De los espíritus infernales la májia.....
Cobardes! Qué la reprochais?
De valor inspirado la brillante enerjía,
El amor del nombre francés, el desprecio del peligro,
Hé ahí su májia y sus encantos:
Son necesarios otros que armas
Para combatir, para vencer y castigar al extranjero?
Del Cristo, con ardor, Juana besaba la imajen;
Sus luengos cabellos esparcidos flotaban al grado del viento;
Al pié del patíbulo, sin inmutarse
Avanzaba con paso lento.
Tranquila subió á él; cuando, de pié sobre la cima,
Vió aquella hoguera que la iba á devorar,
Los verdugos *en suspenso*, la llama ya presta,
Sentían desfallecer su corazón, ella bajó la cabeza
Y se puso á rezar.
Ah! llora, *doncella* desgraciada
Tu juventud va á marchitarse

(1) Véase lo que decimos en la advertencia de la página 65 sobre la traducción de estas poesías.

En su flor demasiado pronto *segada*
¡Adios, hermoso cielo, es preciso morir!
No volverás á ver tus alegres montañas,
El templo, la aldea, el campo de *Voculeur*
Ni tu choza, ni tus compañeras,
Ni á tu padre expirante por el peso de los dolores.
Después de algunos instantes de horrible silencio
El fuego *jirona* de repente, se irrita, se *avalanza*...
El corazón de la guerrera entonces se reanima;
Al través de los vapores del humo ardiente,
Juana, amenazadora aún,
Muestra á los ingleses su brazo medio consumido.
Porqué retrocedéis de espanto,
Ingleses? su brazo está desarmado
La llama la rodea, y su voz expirante
Murmura todavía: ¡*Viva Francia!* Oh mi rey muy amado!..

LECCIÓN 48.^a

La Oración (página 337)

El brillante rey del día, *poniéndose* en su gloria, (1)
Desciende con lentitud de su carro de victoria.
La nube brillante que le cubre á nuestra vista
Conserva en surcos de oro su *huella* en los cielos.
Y con reflejos de púrpura inunda la extensión.
Como lámpara de oro en el azul suspendida,
La luna se *bambolea* al borde del horizonte:
Sus debilitados rayos duermen sobre el cespèd
Y el velo de la noche sobre los montes se despliega:
Esa es la hora en que la naturaleza, un momento recojida,
Entre la noche *que empieza* y el día *que acaba*,
Se eleva al Creador del día y de la noche,
Y parece ofrecer á Dios, en su brillante lenguaje,
De la creación el magnífico homenaje.
Hé ahí el sacrificio inmenso, universal!
El universo es el templo, y la tierra es el altar.

(1) Véase lo que decimos sobre la traducción de estas poesías en la advertencia página 65.

Los cielos son su cúpula, y esos astros *innumerables*,
Esas *luces* medio veladas, pálido ornamento de la sombra,
En la bóveda de azul con orden *salpicadas*,
Son las sagradas antorchas para ese templo encendidas.
Y esas nubes puras que un día expirante colora
Y que un débil soplo del poniente á la aurora
En las llanuras del *espacio*, repliegan blandamente,
Rueda en copos de púrpura al borde del firmamento,
Son las olas del incienso que sube y se evapora
Hasta el trono de Dios que la naturaleza adora.....
Pero este templo *no tiene voz*. Donde están los conciertos santos.
De dónde ha de elevarse el himno al Rey del universo?
Todo *calla*, solo mi corazón habla en este silencio.
La voz del universo, es mi inteligencia.
En los rayos de la tarde, en las alas del viento
Se eleva á Dios como perfume viviente,
Y, dando un lenguaje á cada criatura,
Presta, para adorarle, mi alma á la natura.
Solo, invocando aquí su paternal mirada,
Lleno el desierto con el nombre del Eterno;
y El que del seno de su gloria infinita,
De las esferas que ordena escuche la armonía,
Escucha también la voz de mi razón humilde,
Quien contempla su gloria y *balbucea* su nombre.
Salud, principio y fin de tí mismo y del mundo,
Tu que con una mirada *restituyes* la inmensidad fecunda.
Alma del universo, Dios, Padre, Creador!
Con todos estos diversos nombres, yo creo en tí, Señor;
Y sin tener necesidad de oír tu palabra
Leo en la *inmensidad* de los cielos tu glorioso símbolo.....

*
* *

Milly ó la tierra natal (1) (página 339)

Porqué pronunciarle, *ese* nombre de la patria?
En su brillante destierro mi corazón se ha estremecido;
Resuena de lejos en mi alma enternecida,
Como los pasos conocidos ó la voz de un amigo.
Montañas que cubría la niebla del otoño.
Valles que tapizaba la escarcha de la mañana,

(1) Véase la advertencia de la página 65.

Sauces á quien el podador deshojaba la corona,
Antiguas torres por la tarde doradas en lontananza,
Muros ennegrecidos por los años, laderas, sendero rápido,
Fuente en que los pastores en cuclillas uno tras otro
Esperaba gota á gota un agua rara y límpida,
Y, con la *urna* en la mano, *del día comentaban los sucesos*:
Choza donde del hogar chisporreaba la llama,
Techos que el peregrino *con gusto veía ahumar*,
Objetos inanimados, ¿teneis pues un alma
Que se *adhiera* á nuestra alma y la fuerce á amar?...
Hé ahí el banco rústico donde mi padre se sentaba,
La sala donde resonaba su voz varonil y severa,
Cuando los pastores sentados *en los arados derrumbados*
Le contaban los surcos hechos en cada hora,
O cuando palpitando aún escenas de su gloria,
Del patíbulo de los reyes nos decía la historia,
Y *rebosando* del gran combate que había sostenido,
Al narrar su vida *nos enseñaba la virtud!*
He ahí el sitio vacío donde mi madre á todas horas
Al mas ligero suspiro salía de su morada,
Y, haciéndonos llevar ó la lana ó el pan,
Vestía á la indijencia ó *socorría al hambriento*;
Hé ahí las cabañas donde su atenta mano
Vertía en la herida ó la miel ó la *oliva*,
Abría á la cabecera de expirante anciano
Ese libro en que la esperanza salva á los moribundos,
Recojía los suspiros de su boca oprimida,
Hacía volver hacia Dios su último pensamiento
Y teniendo de la mano los más jóvenes de nosotros,
A la viuda, al niño, que caían de rodillas,
Decía, enjugando las lágrimas de sus ojos:
Os doy un poco de oro, *dedicadles* vuestras oraciones!
Hé ahí el umbral, á la sombra, donde su pié nos mecía,
La rama de la higuera que su mano *agachaba*;
Hé ahí el estrecho sendero donde, cuando la *campana* sonora,
Del templo lejano vibraba á la aurora,
Por su huella subíamos al altar del Señor
Para ofrecerle dos puros inciensos, *inocencia y dicha!*.....
Aquellos arbustos, aquellos campos, aquellas viñas y praderas,
Todo tiene sus recuerdos y sus sombras queridas.
Allí mis hermanas *jugueteaban*, y el viento en sus juegos
Las seguía jugando con sus rúbios cabellos!

Allí, guiando á los pastores á las cumbres de las colinas,
Encendía hogueras con leña seca y con espinos;
Y mis ojos *fijos* en las llamas del fuego,
pasaban hora *tras* hora viéndolas ondular.....

LECCIÓN 49.^a

El rincón del hogar (página 350)

El hogar, de los placeres es *manantial* fecundo: (1)
Afianza suavemente nuestro humor vagabundo;
A la vuelta de la primavera, de nuestros techos escapados,
Llevamos en todos los lugares, nuestros espíritus disipados;
La primavera nos dispersa, y el invierno nos reúne;
Al lado de nuestros hogares, nuestra alma recojida
Disfruta de *esa dulce relación* tan querida á los corazones;
Si; el instinto social es el niño del invierno.
En círculo un mismo atractivo reúne al rededor del hogar
La vejez *narradora* y la infancia *juguetona*.
Allí *circulan* las *agudezas que regocijan*
Y la *antigua leyenda* y los juegos agradables:
Allí indemnizándose de sus prolongadas ausencias,
Cada uno *acaba* de encontrar sus antiguas relaciones.....
¿Estoy solo? me agrada aún el rincón del hogar.
Alimentando mi brasero, mis manos *juguetean*;
Al rebullir mis tizones; mi mañoso artífice
Reconstruye con *el fuego* el elegante edificio:
Me alejo, me aproximo y del haya *abrasadora*
Corrijo el fuego rápido ó demasiado lento.
Cada vez que he cojido mis tenazas fieles
Chisporroteando parten millares de chispas;
Me gusta ver volar sus lijeros batallones.
¿Qué me importan del norte los fogosos torbellinos?
La nieve, la escarcha que un frío *penetrante aumenta*,
En vano silban en el aire, en vano baten la tierra.
Qué placer rodeado de doble *mampara*,
Escuchar la tempestad y *burlarse* del viento!

(1) Véase lo que decimos en la advertencia de la página 65 sobre la traducción de estas poesías.

¡Qué dulce es, al abrigo del techo que me protege
Ver en gruesos copos amontonarse la nieve!
Su blancura á mi hogar presta un nuevo encanto:
El hombre se complace en ver los males que no siente.
Se pone triste mi corazón y mi cabeza pesada
Pues bien! para reanimar mi languideciente alegría
El grano de Moka, la hoja de Canton
Van á verter su nectar en el esmalte del Japón.
En el bronce *caldeado*, la onda ya *bulle*.
Bien pronto el té dorado *colora* el agua que hierve,
O de los granos de Levante *savoreo* el aroma.
Ningún enojoso charlatán, ni testigo inoportuno;
Él solo, de mi casa exacto centinela,
Mi perro, amigo constante y compañero fiel,
Disfruta á mis piés su parte del *suave* calor.

*
* *

Ceguedad de los hombres (1) (página 351)

Que á los acentos de mi voz la tierra se despierte:
Reyes, estad atentos, pueblos, *oid con atención*;
Que el universo se calle y *escuche lo que hablo!*
Mis cánticos van á secundar á los acordes de mi lira:
El Espíritu Santo penetra en mi; me *enardece*, me inspira
Las grandes verdades que voy á revelar.
El hombre en su propia fuerza ha puesto su confianza.
Embriagado con sus grandezas y con su opulencia,
El brillo de su fortuna *hincha* su vanidad.
Pero, ¡oh momento terrible, oh día espantoso!
En que la muerte *se apodere* de ese afortunado culpable.
Cargado con las ligaduras de iniquidad!
Qué serán entonces, responded, grandes del mundo,
Qué serán esos bienes *en que* vuestra esperanza se funda
Y de los que *ostentais* la orgullosa posesión?
Súbditos, amigos, parientes todo será esteril
Y en ese día fatal, el hombre al hombre inutil
No pagará á Dios el precio de su rescate.
Habeis visto *caer* las mas ilustres cabezas
Y podríais aún, *qué* insensatos sois,

(1) Véase lo que decimos referente á estas traducciones en la advertencia de la página 65.

Ignorar el tributo que se debe á la muerte?
No! no; todos deben *pasar por ese terrible trance*;
El rico y el indigente, el imprudente y el sábio
Sujetos á la misma ley, sufren la misma suerte.....
Allí se aniquilarán esos títulos magníficos,
Ese poder usurpado, esos resortes políticos,
Que el justo otras veces *sufrió* el peso fatal:
Lo que hizo su dicha será su tortura;
Y Dios, de su justicia *calmando* el murmullo,
Entregara á esos *malvados* al poder infernal.
Justos, no temais el vano poder de los hombres;
Por muy elevados que estén, son lo que nosotros somos:
Si sois mortales, como vosotros *ellos* lo son.
Por mucho que ensalcemos nuestras grandezas pasajeras,
Es necesario mezclar su ceniza á las cenizas de sus padres:
El mismo Dios es *quien* ha de juzgarnos á todos.

*
* *

Cantilena de Santa Eulalia (1) (*página 352*)

Eulalia fué una buena *doncella*;
Tenía un hermoso cuerpo, un alma mas bella.
Los enemigos de Dios la quisieron vencer;
Quisieron hacerla servir al diablo.
Mas ella no escucha á los perversos que la aconsejan
Renegar de Dios que está allá arriba en el Cielo.
Ni por oro, ni por plata, ni por *galas*,
Ni por las amenazas, ni por la dulzura, ni por los ruegos,
Jamás pudieron doblegar
A la joven á que no amase el servicio de Dios.
Por esto la presentaron á Maximiano,
Que era, en aquel tiempo, rey de los paganos.
La exhorta, mas ella no se inquieta por eso,
A abandonar el nombre cristiano.
Ella reúne toda su fuerza;
Mas bien sufrirá la tortura
Que perder su virginidad.
Por eso ha muerto en gran honor.
La arrojaron al fuego para que se quemase viva.
Era completamente pura: Y por eso no se quemó.

(1) Véase lo que decimos sobre la traducción de estas poesías en la advertencia de la página 65.

El rey pagano, no queriendo *convencerse* con este milagro;
Con una espada la mandó cortar la cabeza.

La *virtuosa joven nada replica*:

Desea abandonar el siglo, y se *encomienda* á Jesucristo.

Bajo la forma de una paloma, *voló* al Cielo.

Pidámosla todos para que ruegue por nosotros,

Con el fin de que Jesús tenga de nosotros misericordia

Después de la muerte, y que nos deje llegar á Él

Por su clemencia.

*
* *

Adios á los árboles (página 352)

FRAGMENTOS (1)

Adios, antiguo bosque, el juguete de *Zéfiro*,

Donde primero templé las cuerdas de mi lira.....

Bosque, elevada casa de las aves *selváticas!*

Ya el ciervo solitario y los corzos lijeros

No pacerán bajo tu sombra y tu verde *enramada*.

Ni del sol del estío no *quebrará* la luz.....

Todo llegará á estar mudo: Eco estará sin voz;

Tu te convertirás en campo, y en lugar de tus bosques,

Cuyo sombrío incierto lentamente se remueve,

Sentirás la reja, la cuchilla y el arado.

*
* *

Sobre la rapidez de la vida (página 553)

Monísima, vamos á ver si la rosa

Que, esta mañana, había abierto

Su *ropaje* de púrpura al sol,

No ha perdido esta tarde

Los pliegues de su vestido purpúreo

Y su color parecido al tuyo.

Guay! mira como en poco espacio

Monísima, en ese mismo sitio

Ay! Ay! sus bellezas ¡ha perdido!

Oh! verdaderamente madrastra Naturaleza!

Puesto que tal flor no dura

Mas que de la mañana á la *tarde!*

(1) Véase lo que decimos sobre estas traducciones en la advertencia de la página 65.

Pues, si tu me crees, *preciosa*
Mientras que tu edad florece
En su mas verde novedad,
Coje, coje tu juventud:
Como á esa flor, la vejez
Hará empañar tu belleza.

*
**

En la vejez dirigiéndose á las grullas que se repatrian

(Página 353)

Al verlas volar, decíame á mi mismo:
Yo quisiera también, aves, poder hacer lo mismo,
Y ver de mi casa la llama ondear
Encima de mi chimenea, y nunca moverme de allí,
Ahora que llevo, injuriado por la edad,
Mis cabellos tan grises como vuestro plumaje.....
Id á vuestras casas, yo quisiera hacer *lo mismo*;
Un hombre sin hogar vive siempre inquieto.
Pero en vano hablaba al escuadrón que vuela,
Porque el viento llevaba como él mis palabras.

LECCIÓN 50.^a

Zaire (1) (página 360)

LUSIGNAN.—Aproximaos, hijos míos.

NERESTAN.—Yo, vuestro hijo!

ZAIRA.—¡Señor!

LUSIGNANT.—Dichoso día que me alumbra.

Hija mía, mi querido hijo, abrazad á vuestro padre.

CHATILLON

De dicha tan grande mi corazón se siente conmover!

LUSIGNAN

De vuestros brazos, hijos míos, no puedo *desprenderme*.

Os vuelvo á ver al fin, querida y triste familia,

Mi hijo, digno heredero..... tú..... Ay! tu, hija mía!

(1) Véase lo que decimos referente á la traducción de estas poesías en la advertencia de la página 65.

Disipad mis suposiciones, quitadme este horror
Esta turbación que me agobia en el colmo de la dicha.
Tú que solo has conducido su fortuna y la mía
Dios mío que me la devuelves, me la devuelves cristiana?
Lloras, desgraciada, y bajas los ojos!
Te callas! Te entiendo! Oh crimen! Oh justos cielos!

ZAIRA

No puedo engañaros: bajo las leyes de Orosmane.....
Castigad á vuestra hija..... era musulmana.

LUSIGNAN

Que el rayo *deshecho* solo caiga sobre mi
Ay! hijo mío, á esas palabras, hubiese expirado sin tí.
Dios mío! sesenta años he combaido por tu gloria;
He visto caer tu templo y perecer tu memoria;
En horrible calabozo durante veinte años abandonado,
Mis lágrimas te imploraban por mis tristes hijos:
Y cuando mi familia por tí está reunida,
Cuando encuentro una hija, es tu enemiga:
Soy muy desgraciado..... Es tu padre, soy yo,
Es mi sola prisión quien te ha quitado la fé.
Hija mía! tierno objeto de mis últimas penas,
Piensa al menos, piensa en la sangre que por tus venas corre!
Es la sangre de veinte reyes, todos cristianos como yo;
Es la sangre de los héroes, defensores de mi ley;
Es la sangre de los mártires... Oh! hija demasiado querida aún.
Conoces tu destino? Sabes quien es tu madre?
Sabes que en el instante *en que dió á luz*
Este triste y último fruto de un desgraciado amor,
La ví asesinar por la mano furiosa
Por la mano de los *bandidos* á quien te has entregado?
Tus hermanos, esos mártires degollados á mi vista,
Te abren sus brazos sangrientos tendidos desde los Cielos;
Tu Dios á quien traicionas, tu Dios al que blasfemas,
Por tí, por el universo, ha muerto en aquellos mismos lugares,
En aquellos lugares donde mi brazo le sirvió tantas veces
En aquellos lugares donde su sangre te habla por mi voz.
Ves esos muros, ves ese templo invadido por tus *dueños*?
Todo anuncia al Dios que tus antepasados vengaron,
Vuelve la vista, su tumba está cerca de ese palacio
Aquí está la montaña donde, lavando nuestros *delitos*,
Quiso expirar á los golpes del impío;

Ahí es donde de su tumba recuerda su vida.
Tu no podrías andar en ese augusto lugar,
Allí no puedes dar un paso sin encontrar á tu Dios;
Allí no puedes estar sin renegar de tu padre,
Tu honor te habla y tu Dios te ilumina.
Te veo en mis brazos llorar y estremecerte
En tu frente palideciendo, Dios pone el arrepentimiento;
Veo la verdad que *ha llegado* á tu corazón
Vuelvo á encontrar á mi hija después de haberla perdido,
Y recupero mi gloria y mi felicidad
Al quitar mi sangre á la infidelidad.
NERESTAN: Vuelvo á ver á mi hermana! Y su alma.....

ZAIRA: ¡Ay, padre mío,
Querido autor de mis días, hablad, qué debo hacer?

LUSIGNAN

Quitarme con una sola palabra mi vergüenza y mi tédio;
Decir: Soy cristiana.

ZAIRA.—Si..... Señor..... lo soy.

LUSIGNAN

Dios, recibe su confesión desde el seno de tu imperio!

*
* *

Las mujeres sabias

CRISALDO Á BELISA (página 363)

.....A tí es á quien hablo, hermana mía;
El menor solecismo al hablar te irrita;
Pero tu los haces, tu, extraños en *comportamiento*
Tus libros eternos no me satisfacen;
Y, excepto un voluminoso Plutarco para *poner mis alzacuellos*,
debías quemar todos *esos trastos* inútiles
Y dejar la ciencia para los doctores de la ciudad
Quitarme, para hacer bien, del granero de casa
Ese antejo de larga vista terror de las jentes,
Y cien *baratijas* cuyo aspecto me importuna;
Y dejar *de investigar* lo que se hace en la luna,
Y mezclarte un poco en lo que se hace en casa,
Donde vemos que todo va sin orden ni concierto.
No es *prudente*, por muchas causas,
Que una mujer estudie y sepa tantas cosas.

Formar con buenas costumbres *la inteligencia* de sus hijos
Conducir bien el menaje, inspeccionar á sus *servidores*
Y arreglar sus gastos con economía
Debe ser su estudio y su filosofía.
Nuestros padres, en este punto, eran bien sensatos
Decían que una mujer sabía siempre bastante
Cuando la capacidad de su inteligencia *llega*
A conocer un justillo entre *unos calzones*.
Las suyas no leían, pero vivían bien;
Su menaje era toda su docta ocupación,
Y sus libros un dedal, hilo y agujas.
Con que trabajaban en el *ajuar* de sus hijas.
Las mujeres de hoy están bien lejos de aquellas costumbres;
Quieren escribir, y convertirse en autores:
Pero ellas ninguna ciencia es demasiado profunda,
Y *aquí* mucho mas que en otro lugar del mundo;
Los secretos mas elevados se dejan concebir,
Y en mi casa se sabe todo, excepto lo que es necesario saber.
Se sabe como marchan la luna, la estrella polar
Venus, Saturno y Marte, *lo que á mi nada me importa:*
Y, con *tan* vano saber que se va á buscar tan lejos,
No se sabe como va *el cocido*, que es lo que yo necesito.
Mis *criados* á la ciencia aspiran por agradarte;
Y todos de lo que menos se ocupa es de lo que tienen que hacer:
Razonar es la ocupación *de todos los de esta casa*
Y el razonamiento *destierra de aquí* la razón
Uno, leyendo alguna historia quema el asado,
Otro sueña con versos cuando le pido de beber;
En fin, yo veo por ellos tu ejemplo seguido
Tengo servidores y no soy servido.
Una pobre criada solo me había quedado
Que de esta *mala peste* no estaba infectada;
Y mirala *echada* de casa con gran estrépito
Por causa de que no habla como *Vaugelas*.
Te lo digo, hermana mía, todo ese aparato me hiere;
Porque, como te he dicho, á tí me dirijo
No me gustan en casa *todos esos latinistas*
Y principalmente ese señor *Trissotin*:
El es quien, en versos, te ha *absorvido el seso*;
Todas sus agudezas no son mas que pampiroladas:
Se busca lo que dice después que ha hablado;
Y según mi opinión todo son *desatinos*.

FILAMINTA

Qué bajeza ¡cielos! de alma y de lenguaje.

BELISA

¿Hay en pequeños cuerpos un mas pesado conjunto,
Una *inteligencia* compuesta de átomos mas *ordinarios*?
Y de esa misma sangre, es posible que yo sea?
Preferiría morirme antes que ser de tu raza;
Y de confusión abandono la plaza.

*
**

Esther

Acto segundo, escena VII

ASUERO

.....Sin mi orden, quién viene aquí!
Qué mortal insolente viene en busca de la muerte?
Guardias..... Sois vos, Esther? Cómo! sin ser esperada?

ESTHER

Camareras mías, sostened á vuestra reina apasionada.
Me muero. (*Cae desmayada*).

ASUERO

Poderosos dioses! qué extraña palidez
De su faz de repente borra el color!
Esther! qué temeis? No soy yo vuestro hermano?
Es para vos por quien se ha dado una orden tan severa?
Vivid; el cetro de oro que os tiende esta mano
Para vos de mi clemencia es *prenda segura*.

ESTHER

Qué voz saludable ordena que viva.
Y vuelve á mi *ser* mi alma fujitiva?

ASUERO

No conoceis la voz de vuestro esposo?
Otra vez aún, vivid, y volved en sí.

ESTHER

Señor, siempre contemplé con miedo
La augusta majestad en vuestra frente impresa;
Juzgad cuánto esa frente contra mi irritada
En mi alma turbada *ha puesto* de espanto:
Sobre ese trono sagrado rodeado por el rayo
He creído veros dispuesto á *reducirme á polvo*.

Ay! Sin temblar que corazón audaz
Sostendría los relámpagos de vuestros ojos?
Así del Dios viviente la cólera centellea.....

ASUERO

Oh, sol! Oh, antorchas de luz inmortal!
Yo mismo me turbo y sin extremecerme
No puedo ver su pena y su sobrecojimiento.
Calmad, reina, calmad el espanto que os oprime.
Del corazón de Asuero, soberana dueña.
Disfrutad solamente su ardiente amistad.
Es necesario que de mis Estados os dé la mitad?

ESTHER

Ay! Es posible que un rey *terror de la tierra entera*,
Ante quien todo se doblega y besa el polvo,
Eche sobre su esclava una mirada tan serena,
Y me ofrezca en su corazón un poder soberano?

ASUERO

Creedme, querida Esther, este cetro, este imperio,
Y estos profundos respetos que el terror inspira
A su pomposo brillo mezclan poca dulzura
Y fatigan á menudo á su triste poseedor
Solo encuentro en vos, yo no sé que gracia
Que me encanta siempre y jamás me cansa
De la amable virtud dulces y poderosos atractivos!
Todo respira en Esther la inocencia y la paz;
De la mas profunda pena ella disipa las sombras,
Y de los días mas sombríos hace mis días mas serenos.
Qué digo? En este trono sentado á vuestro lado,
De los astros enemigos temo menos su furor
Y cree que *tu frente* presta á mi diadema
Un resplandor que la hace respetable á los dioses mismos.
Atreveos pues á responderme y no me ocultéis
Que importante asunto os ha conducido aquí.
Qué interés, que cuidados os ajitan, os apresuran?
Veo que al escucharme vuestros ojos al cielo se dirijen.
Hablad: de vuestros deseos el éxito es cierto,
Si ese éxito depende de *una mano mortal*.

ESTHER

Oh bondad que me asegura tanto como me honra!
Un interés *urjente* hace que os implore;

Espero ó mi desgracia ó mi felicidad;
Y todo depende, señor, de vuestra voluntad.
Una palabra de vuestra boca, al terminar mis penas,
Puede hacer á Esther dichosa entre todas las reinas.

ASUERO

Ah! Cuánto inflamais mi curioso deseo!

ESTHER

Señor, si he encontrado gracia á vuestros ojos,
Si alguna vez á mis votos fuisteis favorable,
Permitid ante todo que Esther pueda á su mesa
Recibir hoy á su soberano señor,
Y que Aman sea admitido á este exceso de honor.
Me atreveré delante de él á romper este gran silencio:
Pues para explicarme tengo necesidad de su presencia.

ASUERO

En qué inquietud, Esther, me poneis!
Sin embargo que se haga como deseais.

*
**

Poliuto (*página 367*)

Acto V, escena V

PAULINA

Padre bárbaro, acaba, acaba tu obra;
Esta segunda hostia es digna de tu rabia:
Junta tu hija con tu yerno; atrévete. *¿Qué te detiene?*
Tu ves el mismo crimen ó la misma virtud.
Tu barbarie en ella tiene las mismas materias:
Mi esposo, al morir, me ha dejado sus luces;
Su sangre, con la que los verdugos acaban de cubrirme
Me ha *desvendado los ojos*, y me los acaba de abrir.
Yo veo, sé, creo, estoy desilusionada:
Con esa bienaventurada sangre me ves bautizada;
Yo soy cristiana en fin: *no lo he dicho bastante?*
Conserva, al perderme, tu rango y tu crédito
Teme al emperador, *apóderate de Severo*;
Si no quieres perecer, mi perdida es necesaria:
Poliuto me llama á feliz muerte;
Veo á Nearque y á él que me tienden los brazos.
Lleva, llévame á ver tus dioses á los que detesto:
Ellos no han *desecho* mas que uno, yo romperé los restantes.

Me vereis allí *desafiar* á todo lo que vosotros temeis,
Esos rayos impotentes que en sus manos figurais
Y santamente rebelde á las leyes del nacimiento,
Una vez hacia tí faltar de obediencia.
No es mi dolor lo que por ahí hago ver:
Es la gracia que me habla, y no la desesperación.
Es preciso decirlo otra vez, Felix? Soy cristiana.
Afianza con mi muerte tu fortuna y la mía:
El golpe á *ambos nos será* precioso,
Puesto que á tí te asegura en la tierra, elevándome á los Cielos.

*
* *

El Cid (página 365)

Acto I, Escena VII

D. DIEGO

Oh, rabia! Oh desesperación! Oh vejez enemiga!
No he vivido tanto mas que para esta infamia?
Y no he envejecido en los trabajos guerreros
Mas que para ver en un día marchitar tantos laureles?
Mi brazo, que con respeto toda la España admira,
Mi brazo, que tantas veces ha salvado este imperio,
Tantas veces afianzado el trono de su rey,
Traiciona pues mi querella y no hace nada por mi!
Oh cruel recuerdo de mi gloria pasada!
Obra de tantos días en uno solo eclipsada!
Nueva dignidad fatal á mi dicha!
Precipicio elevado de donde se *despeña* mi honor!
Es necesario con vuestra ostentación ver triunfar al conde,
Y morir sin venganza, ó vivir en la verguenza?
Rodrigo, tienes corazón?
D. RODRIGO.—Cualquiera otro que mi padre
Lo probaría en este instante.
D. DIEGO.—Agradable cólera!
Digno resentimiento á mi dolor bien suave!
Reconozco mi sangre en esa noble ira:
Mi juventud revive en este ardor tan pronto
Ven, hijo mío, ven, mi sangre, ven á reparar mi verguenza
Ven á vengarme.
D. RODRIGO.—De qué?
D. DIEGO.—De una afrenta tan cruel,
Que al honor de ambos alcanza con golpe mortal,

De una bofetada. El insolente hubiese perdido la vida,
Pero mi edad ha engañado mi *jeneroso deseo*;
Y ese hierro, que mi brazo no puede ya sostener,
Al tuyo *le entrego* para vengar y castigar.
Vete contra un arrogante á probar tu valor:
Solo con sangre se lava *tamaño* ultraje,
Muere, ó mata. Además de esto, para que no *te lisonjees*,
Te doy á combatir á un hombre *temible*:
Le he visto *ensangrentado*, en medio de las batallas
Hacerse una gran muralla con mil *funerales*.

D. RODRIGO

Su nombre! Es perder el tiempo en conversaciones supérfluas.

D. DIEGO

Pues, para decirte aún alguna cosa mas,
Mas que bravo soldado
Es.....

D. RODRIGO.—Por favor, acabad.

D. DIEGO.—El padre de Jimena.

D. RODRIGO.—El.....

D. DIEGO

No repliques, conozco tu amor:
Mas quien puede vivir infame es indigno de la vida;
Cuanto mas querido es el ofensor, mas grande es la ofensa.
En fin tu sabes la afrenta, y tu tienes la venganza:
Yo no digo mas. Véngame, véngate,
Muéstrate digno hijo de un padre como yo;
Agobiado por las desgracias en que el destino me coloca,
Me voy á llorarlas. Vete, corre, vuela y vénganos.

.....

Mahón á 1.º Mayo de 1898.

